

# La Ilustración Artística



Año XV

BARCELONA 29 DE JUNIO DE 1896

Núm. 757

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES



POR UNA MUJER,

fragmento de un cuadro de Puig Roda



## SUMARIO

**Texto.** - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Las Meninas*, por R. Balsa de la Vega. - *Valor del canon horaciano relativo al poético sentimiento*, por José de Letamendi. - *El puñal de la castellana*, por Juan B. Enseñat. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *Dos anónimos* (continuación). - *Los bronces de la casa Masriera en la Exposición de Barcelona.* - SECCIÓN CIENTÍFICA: *El aluminio.* - *El acuario de Nueva York.* - Libros.

**Grabados.** - *Por una mujer*, fragmento de un cuadro de Puig Roda. - *Las Meninas*, cuadro de Velázquez. - *Vendedor de armas en el Cairo*, cuadro de G. Simoni. - *En el mesón*, cuadro de Mariano Barbasán. - *La primavera*, cuadro de León Perrault. - *El juicio de París*, cuadro de G. Mantegazza. - *M. Carlos Eustace*, jefe de la banda del 2.º regimiento de Ingenieros de Francia. - *Lord Kelvin*, profesor de Filosofía natural de la universidad de Glasgow. - *Miza-Riza-Kirman*, el asesino del shah de Persia. - *El Dr. Esquerdo: De mi sueño: La Sra. de Lhardy: Estudio: D. Manuel Planas y Casals*, cinco bustos.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Mis muertos en París. - La grande Necrópolis. - Muerte de Julio Simón. - Su doble naturaleza política y científica. - El maestro Coussin y el discípulo Simón. - Egoísmo y vanidad de aquél. - Cómo explotaba Coussin la juventud popular. - Política del maestro y política del discípulo. - Fórmulas alejandrinas de uno y otro. - Grande conciliación entre la ciencia y el cristianismo, entre la democracia moderna y el orden público, entre la estabilidad y el progreso. - Inconvenientes para Simón de tamañas conciliaciones. - Elogio del gran orador. - Conclusión.

París aparece hoy á mis ojos como un vasto cementerio donde yacen los mejores amigos que yo he contado en mi vida fuera de España. Quien ha visto en sus postrimerías á Lamartine; escuchado á Jorge Sand sus entusiasmos por la Naturaleza y á Teófilo Gautier sus entusiasmos por España; reído á los cuentos maravillosos del inagotable Dumas; conversado con Michelet y con Renán en el Colegio de Francia, donde mil recuerdos había de la pasada cátedra del uno y mil esperanzas por la reciente cátedra del otro; ido con Charcot á sus hospitales y con Pasteur á sus laboratorios; junto á Gambetta conspirado contra el Imperio y asistido al crepúsculo de la República entre los horrores de la guerra; pasado desde las tertulias del ingenioso italiano-francés que se llamaba Chernuschi al destierro del austerísimo Quinet que producía su libro filosófico sobre la revolución francesa frente á las crestas de los Alpes por las orillas del celeste lago Lemán; colaborado en los *Debates* y en el *Siglo*; oído al sublime Favre en la tribuna parlamentaria, y al conversador Thiers en las conversaciones íntimas, y al sabio Say en la Sociedad de Economía, y al gran Besnard en la escuela de Medicina, y al observador Taine en la escuela de Bellas Artes, y al dios Víctor Hugo en el cenáculo esclarecido por lenguas de fuego y animado por el espíritu creador, no puede volver á París, desde que todos estos seres privilegiados han desaparecido y todas estas voces creadoras han callado, sin tomar la gran ciudad por una espantosa Necrópolis, en que reina la muerte implacable y sólo se aviva la religión del recuerdo entre las sombras de los misterios eternos. Pues bien: ahora, en estos días, acaba de morir el mayor amigo entre mis amigos franceses, acaba de morir Julio Simón.

Siempre que un grande hombre muere, la general curiosidad lo estudia, no como una persona ó individuo, como un prototipo, á causa de ajustarse muchos á sus actos y muchos en su escuela inscribirse, levantándose á modelo, en torno del cual se asocian inteligencias y voluntades numerosas ó profesando comunes principios ó emprendiendo acciones colectivas. Estudiaría difícilmente á Simón quien olvidase cómo se mezclaron en su vida la ciencia, la política, la caridad. En la cátedra lució como eximio maestro; en la tribuna como incomparable orador; en las asociaciones caritativas como uno de esos pensadores á quienes impele hacia las grandes acciones un calor de corazón que es al pensamiento como el fuego vivificador á la resplandeciente luz. Así, entrado desde los primeros años en la religión de un sistema filosófico, muy conocido, con cánones y dogmas de un espiritualista sincretístico, nunca olvidó en sus proceder particular y políticos procedimientos estos cánones, y nunca en el Congreso, en el gobierno, en el Estado estos principios. De aquí, para sus creencias y discursos y libros, ninguna perplejidad, mientras muchas perplejidades en el desarrollo de los partidos y en el seno de los gobiernos. A un dogmatizante que viviera en el silencio de las abstracciones, le molesta mucho el ruido y el movimiento de los hechos, como á quien gobierna ó combate le molesta mucho el compromiso intelectual y moral, el compromiso de ciencia y de conciencia, con su abstracto pensamiento.

Simón perteneció, como todos los primeros hom-

bres de nuestro siglo, á una familia pobre, que sólo pudo hacer á su favor el colocarlo en medios y ambientes sociales donde su cuerpo se ganaba la vida material y se nutría su alma del alimento y del licor más apropiados al hambre y sed inextinguibles suyas, del alimento científico y del licor de las ideas. Puesto en carrera, su amor al trabajo, su desvelo por el estudio, su concurso á premios literarios, le dieron lo más indispensable para vivir y le granjearon excelentes protectores. Descolló entre todos estos protectores el célebre Coussin. Oriundo Simón de Bretaña, tierra que diera en el siglo á Francia Chateaubriand y Lamennais y Renán, traía, como éstos, algo de genio religioso en su mente, sin el cual no se llega jamás á lo sublime, y en su vida mucho de costumbres monásticas y ordenadas, sin las cuales no se logra jamás la fructificación del estudio. Benedictino desde la niñez, á un trabajo de la orden benedictina estaba entonces adscrito Coussin, á la traducción del sublime Platón, cuyas obras constituyen rico tesoro en el patrimonio intelectual de la humanidad. Hacer que sus discípulos emprendieran á una tamaña tarea, en la obscuridad y con escasa retribución, mientras él se llevaba la gloria de tal empresa y los provechos ofrecidos por la protección oficial, fué por este tiempo el principal objeto de la vida de su maestro. Simón dejó que se llevara Coussin provecho y honra, quedándose con la faena él. Sin embargo, reconcentradísimo en sí, no ignoraba cuánto valía, y gustábasele verter al francés en estilo académico la prosa inmortal del fundador de la Academia y que lo supiera el mundo. Imaginaos cuál sería su asombro al entrar en la biblioteca de su maestro y oírle decir al gran Schelling, al célebre filósofo alemán, que allí se hallaba de visita: «No podéis imaginaros cuánto me costara poner en buen francés el intrincado Timeo.» La herida le llegó por tal modo á su alma, que habiéndola recibido el año treinta y tres, no había podido olvidarla el año noventa. En la escuela de Coussin educó Simón su alma, como Robespierre en el estudio y lectura de Rousseau.

Así fué discípulo de Coussin en lo científico, no lo fué jamás en lo político. Su maestro creía que si el sistema de Bonald sirvió á la teocracia y el sistema de Maistre al absolutismo y el sistema de Condorcet á la República, el sistema suyo servía tan sólo al régimen monárquico-constitucional. Simón en esto no quiso acompañarle y seguirle, Simón perteneció al régimen republicano. Tomó del maestro aquellas mixturas alejandrinas, en cuyos ingredientes entraban los ideales más contrarios y aun más enemigos; aceptó el criterio histórico, por cuya virtud todo lo existente halla en sí la razón de ser y se identifica una filosofía de la historia con una historia de la filosofía; puso en sus enseñanzas la cantidad de materialismo necesaria para no suprimir el espíritu y la cantidad de espiritualismo necesaria para no prescindir de la materia, como los idealistas; unió al subjetivismo de Descartes el objetivismo de Condillac, y á fórmulas de psicología fórmulas de fisiología para explicar el misterio de los misterios, la relación estrecha del alma con el cuerpo; mas aquí se detuvo y no quiso admitir la suma del elemento democrático moderno, aunque muy atenuado estuviera en su ánimo, con el elemento monárquico antiguo, aunque muy atenuado en la monarquía Orleans estuviera, y proclamó el derecho natural en toda su pureza, la libertad en toda su extensión y la República como forma única de la moderna democracia.

Habiendo entrado en el palenque político al proclamarse la República del cuarenta y ocho, Simón profesó desde su ingreso en la Normal el treinta y tres hasta su ingreso en la Cámara una filosofía muy alejandrina. Su tesis doctoral trató de Platón explicado por Proclo; su primer libro científico fué una *Historia de la Escuela de Alejandría*. El carácter de los sistemas alejandrinos es la unión del Oriente con el Occidente. Para conocer este carácter es necesario conocer un hombre que ha condensado en su grande alma todo el espíritu helénico. La Historia es una continua encarnación de ideas. El hombre que deja huella en el mundo, es como el verbo humano de un pensamiento, que llena su conciencia. Los grandes hombres son formas varias revestidas por las luminosas ideas. El divino *logos*, que en la ciencia, en las letras, en el arte y en el derecho se halla como esencia espiritual, toma carne y se hace hombre de suyo en las altas personificaciones sociales que han vencido á la muerte en la historia. Por esto estudiando la vida se ve que una razón providencial gobierna el mundo y el espíritu, el sol y el hombre. La diferencia está en que el sol cumple su ley sin conocerla, y el hombre conociéndola; el sol no puede menos de cumplir su ley, y el hombre puede dejar de cumplir la suya, porque es libre. Pero ¿cuán grande será el hombre que cumple la idea pro-

videncial, cuyo cumplimiento le reserva la Providencia! Tal fué Alejandro, que cristalizó en Alejandría su alma sintética, y dejó, como un reguero de astros, las escuelas alejandrinas en la ciudad que debía ser, como punto de intersección en los continentes, punto de intersección en las ideas.

El mayor esfuerzo que en la ciencia hizo entonces Simón fué aquella su magistral explicación sobre la política de Platón y la política de Aristóteles, explicación que ha dejado indeleble huella en el espíritu moderno y en la ciencia contemporánea. Aristóteles y Platón se diferencian en los instrumentos de sus investigaciones y se juntan en los resultados. Platón es la intuición, Aristóteles el análisis; Platón el método inductivo, Aristóteles el deductivo; Platón ve lo universal, y en lo universal ve lo particular; Aristóteles ve lo particular, y con tardanza, pero con seguridad, se dirige y eleva por series á lo universal; Platón es el genio místico que vuela, y Aristóteles el genio humano que anda; Platón abre sus alas en el cielo, y desde allí apenas distingue la tierra; mientras Aristóteles fija su planta en la tierra, y desde la tierra convierte sus ojos á mirar al cielo; el reino de Platón es lo abstracto, y el reino de Aristóteles lo concreto; Platón ve los mundos y los espíritus como una inmensa catarata desprendiéndose del seno de Dios é irradiando por los espacios infinitos, Aristóteles ve los mundos y los espíritus elevándose al seno de Dios; Platón en el ser absoluto mira como en claro espejo los seres, y Aristóteles en los dos extremos de la cadena de los seres ve el ser absoluto; Platón intenta construir *a priori* la ciencia, y Aristóteles *a posteriori*; Platón desdeña la hermosura real, debilísima copia de la hermosura ideal, y Aristóteles mira la hermosura encarnada y viva en lo real; Platón sueña con una sociedad idealizada, y Aristóteles con una sociedad hecha por el tiempo y por la experiencia; Platón, como el Oriente, sobre todo eleva la sociedad; Aristóteles, como Grecia, eleva sobre todo el individuo; Platón es la ciencia enlazada con la poesía, y Aristóteles la ciencia puramente racional; Platón revela en sus dogmas la dialéctica, la esencia del ser en sí; Aristóteles la lógica, la ley de sucesión en los seres; y ambos, unidos al oriental espíritu de Egipto, forman la trinidad alejandrina, porque Platón y Aristóteles, más que dos genios opuestos, son las dos fases del espíritu, los dos términos de la idea, los dos capitales elementos que componen la humanidad.

Julio Simón trató, como los alejandrinos, de conciliar en lo antiguo Aristóteles y Platón para conciliar en lo moderno el Cristianismo y la Filosofía. Puede asegurarse que á este fundamental espíritu de conciliación ha obedecido toda su vida. Él quiso conciliar los movimientos progresivos con la estabilidad necesaria. Él, cuando se hallara en el volcán de la segunda República, intentó conciliar los proletarios y los capitalistas. Ape de la filosofía, como este mártir corriera, en nombre del cielo, las barricadas de junio hasta encontrar la muerte, corrió él, en nombre de la libertad, estas mismas barricadas, encontrando algo peor que la muerte misma, el desengaño. Su papel en las Asambleas del imperio fué también papel de reconciliación entre orleanistas y republicanos. Llamado al gobierno de la defensa nacional, fué sin duda el más circunspecto y el más conciliador entre todos aquellos ministros. Ido á Burdeos para procurar la paz, revocó el decreto expulsando á los imperialistas de las Asambleas republicanas y llamó á las Asambleas republicanas todos los ciudadanos. En el ministerio de Thiers significó una conciliación entre la escuela y la Iglesia. En su ministerio bajo Mac-Mahón quiso conciliar al general con la República y á los republicanos entre sí. De todas estas conciliaciones, unas permanecieron, otras pasaron. Mas no cabe dudar que le infligieron muchísimas amarguras y lo encerraron en el cuerpo de inválidos á que relegó la República los mayores republicanos. Para el partido demócrata era Simón sobradamente conservador, y para el partido conservador sobradamente demócrata. Los imperialistas no le perdonaban que hubiese negado su asentimiento al Imperio, y los enemigos del Imperio que no hubiese predicado la revolución. Para los católicos era un filósofo, para los filósofos un católico. En el terreno de la teoría no se acordaba mucho de su política, y en el terreno de la práctica mucho de su teoría. Consumado catedrático, filósofo clarísimo, grande publicista, no menos que grande orador, aménisimo sin ligereza, profundo sin obscuridad, vario y no superficial, como una melodía en sus improvisaciones literarias y como una tempestad en sus discursos políticos, mi muerto hermano del alma será siempre una luz del espíritu moderno y una gloria del siglo diez y nueve.

Madrid, 22 de junio de 1896.





Las Meninas

Junio de 1658

## VELÁZQUEZ

### LAS MENINAS

(?) de junio de 1658

Obra maestra de la pintura española, realizada por Velázquez y existente en el Museo Nacional de Madrid

Conócese este célebre cuadro bajo tres títulos: *La Familia*, que parece ser el que le dió su autor; *La teología de la pintura*, que más que título es una frase del famoso fresquista Lucas Jordán, y *Las Meninas*, que es el aceptado por la crítica, aun cuando, á mi juicio, no con gran acierto.

Sábase de la famosísima obra que fué terminada en junio de 1658, mas no la fecha. Sábase también que fué expuesta á la admiración pública en los últimos días del citado mes, en el lugar en que solía exponer Velázquez aquellas obras que consideraba dignas de ello; y sábase por último, que al cuadro de que me ocupo debió á un tiempo el famoso pintor dos honrosas distinciones: el otorgamiento á su favor de carta de hidalguía y la cruz y hábito de la Orden militar de Santiago.

Tenía D. Diego Rodríguez de Silva y Velázquez cincuenta y nueve años de edad cuando pintó su más famoso cuadro, y cuando llevaba en el servicio de Felipe IV treinta y cinco.

Hago estas dos observaciones para exponer, más adelante, el juicio que me ha merecido siempre la obra toda del eximio pintor y especialmente esta de la cual hago historia.

\*\*

«Representa el lienzo *Las Meninas* una escena de la vida íntima de la familia del cuarto de los Austrias.

»Aparece á la izquierda del espectador, derecha del cuadro, el mismo Velázquez en pie y en actitud de retratar á la infanta doña Margarita, niña de pocos años, á quien ofrece un búcaro con agua doña María Agustina, *menina* de la reina é hija de don Diego Sarmiento. Al otro lado de la infanta se ve á doña Isabel de Vilano, hija del conde de la Fuensalida, en momento de dirigir la palabra á la regia niña. En el primer término de la derecha (del espectador, izquierda de la pintura) aparecen los enanos Nicolás Pertusano y Mari Barbola, el primero poniendo

con cierto recelo un pie sobre el lomo de un hermosísimo y gigantesco mastín que parece dormitar. Algo más lejos (segundo término) mírase á doña Marcela de Ulloa, señora de honor, y á un guardacamás, y en el último hay una puerta abierta que sale á una escalera en la que está José Nieto, aposentador de la reina.

»Todo está pintado por el natural, hasta la sala que representa la escena, con los cuadros que contenía.»

Tal es, palabra más ó menos, la descripción que del famoso lienzo hace uno de los biógrafos de Velázquez, académico de la de San Fernando en tiempos de Carlos IV. Olvídase el erudito y sabio aludido de un detalle importantísimo, en el cual no suele parar la atención el común de las gentes; este detalle es un espejo que hay en el fondo del cuadro y en el que se ven las imágenes del rey y de la reina.

Cuéntase que Felipe IV pasaba largas horas en la habitación en que Velázquez tenía instalado el taller, y que solían acompañar al soberano en las visitas que cuasi á diario hacía á su pintor favorito, además de la reina, el conde-duque de Olivares, quien se enorgullecía de haber proporcionado al rey artista de tal mérito; el canónigo Fonseca, grande amigo de Velázquez y de su suegro Pacheco; el de Argote, Góngora, de quien pintó y se conserva un hermoso retrato, y otros varios señores de la corte, poetas, como el gran Quevedo, á quien como á Góngora favoreciera el pintor con un hermosísimo trasunto de su rostro animado y picaresco. Cuando Velázquez emprendió este cuadro de *Las Meninas*, las visitas con que Felipe le favorecía fueron menudeando, en términos de contarse dos y tres diarias. Ya no acompañaban al rey ni el conde-duque ni Fonseca, personas ambas en quien Velázquez tenía sus más fervientes admiradores; el primero cayera de la privanza y el segundo falleciera. Mas no por eso la estimación en que el rey tenía al célebre artista decayera un punto, antes por el contrario, ésta acrecía. El día en el cual dió Velázquez por terminada su obra, después de mirarla y remirla con singular complacencia, el soberano volviése hacia el pintor, y pidiéndole la paleta y los pinceles exclamó: «Advierto que falta un detalle en este cuadro y del cual os habéis olvidado; y como yo también sé pintar, voy á corregir vuestro olvido.»

Y así diciendo y haciendo, el rey toma un poco de bermellón en la punta de un pincel y traza sobre el jubón negro del retrato de Velázquez la cruz de la orden de Santiago.

Esta anécdota para unos, hecho positivo para otros, relatada por cuantos biógrafos del insigne pintor sevillano han existido, vese confirmada en el protocolo que, para la información que se abrió con objeto de hacer constar el abolengo de Velázquez á propósito de la concesión de la citada cruz, existe en palacio. Que fuese el rey mismo el que pintase la cruz en el pecho del retrato de su pintor y aposentador favorito, que fuese éste por mandato de aquél, lo cierto es

que frescos todavía los colores del cuadro *Las Meninas*, concedió el soberano á Velázquez el honor del cual hace mención la anécdota transcrita, pues según los documentos á que me refiero y á que se atienen Flórez y Ceán y el inglés Stirling, Felipe IV mandó extender la real cédula, haciéndole merced del hábito el día 12 de junio de 1658, «para premiar — dice un contemporáneo — el mucho arte demostrado en el cuadro de *La Familia* que acaba de hacer.» Velázquez vistió el hábito en la iglesia de las Carboneras.

\*\*

Esta obra de arte, obra admirada por propios y extraños, hasta el punto de obligar á exclamar á Bürger: «Velázquez es, según mi sentir, el *más pintor* de los que han existido; más que Rubens, Van-Dyck, Ticiano y Rembrandt. Ese pintor es una hada que evoca todas las apariciones, instantáneamente en apariencia, pero después de misteriosos conjuros, de los cuales nadie posee el secreto;» esa obra, repito, fué expuesta al público en San Felipe el Real, como lo había sido el primer retrato que del rey pintara Velázquez, como lo fué el que representa al monarca á caballo y que Velázquez retiró del público porque le censuraron el caballo, que según los inteligentes no estaba con arreglo á las reglas de la *jineta*.

*Las Meninas*, como dijo con gran acierto Lucas Jordán, es en efecto la *Teología de la pintura*; mas no confundamos, como parecen confundir la mayor parte de los admiradores del gran maestro, lo que corresponde á la técnica y á las condiciones puramente fisiológicas de Velázquez, con las imaginativas, las creadoras.

En las *Meninas*, como en las *Hilanderas*, como asimismo en la *Rendición de Breda*, pero singularmente en el primero de los cuadros citados, no se advierte ni un solo asomo creador; limitase el artista á reproducir de un modo no superado, más, no igualado todavía, la escena que se desarrolla ante sus ojos. Verdad que por el acierto de la representación plástica de esa escena constituye por sí sola una obra inmortal; pero ¿es tan sólo reproducir lo que vemos la finalidad del arte?, ¿es eso su única misión?

Cuestión es esta que cien veces se ha puesto sobre el tapete al hablar de la obra de Velázquez, y cien veces los defensores del naturalismo repitieron la misma cantilena. «Ahí están las *Meninas* y las *Hilanderas* probando á los que creen que el arte ha de ser algo más que la reproducción de la realidad, tal y como ella se muestre, que no es otro su fin.» Inexacta la proposición y falso por añadidura el argumento.

O se admite que la obra de arte pueda producir distintos grados de emoción estética, ó no; si es cierto lo primero, es preciso reconocer que hay en esos distintos grados una escala que comienza en lo *bueno* y termina en lo *sublime*, y lo sublime, por lo menos no hay memoria de lo contrario, no está en la forma, en el objeto, está en la idea, en el sujeto; tan cierto es esto, que obras, así literarias como plásticas, existen incorrectas en la forma, pero que por la fuerza del pensamiento ó del motivo que las inspiró alcanzan lo sublime; *Hámlet* y el *Moisés* del Buonarrotti lo atestiguan. Pero ateniéndonos al cuadro *Las Meninas*, hay en esa obra algo que no es solamente la justeza asombrosa con que la retina y luego la mano de Velázquez recogieron aquella escena, como en una cámara oscura, y reprodujo la segunda lo atisbado por la primera: hay el presentimiento de la vida, la adivinación del rostro moral de cada una de las figuras que aparecen en el famoso lienzo.

Y ese es el *quid*, para resolver el cual no valen las brillanteces del color y las correcciones de la línea.

R. Balsa de la Vega



## VALOR DEL CANON HORACIANO

## RELATIVO AL POÉTICO SENTIMIENTO

Capítulo preliminar de un trabajo inédito, titulado: *Teoría natural del sentimiento artístico y de sus alcances patológicos.*

Desde que Horacio, en su *Arte poética*, emitió con un aplomo verdaderamente romano aquella intimación: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi* (si quieres hacerme llorar, padece antes tú mismo), clásicos y románticos aceptaron como dogma el supuesto de que, en nuestro natural, el artístico sentir es sólo un caso particular del real y efectivo sentimiento, ó sea, que aquél no goza de esencia propia; y si bien ni unos ni otros pudieron resistir á la evidencia de que el arte bello es de suyo mera ficción, creyeron, sin embargo, que en éste lo fingido está en el argumento, mas no en la expresión de su pasional contenido.

Tan cándida profesión de fe y tan unánime acuerdo entre románticos y clásicos pueden ser explicados sin el menor esfuerzo de rebusca: los secuaces del clasicismo, perezosos de suyo, han preferido siempre la símica imitación, bajo receta de convenida autoridad, al directo examen de la naturaleza; mientras que los románticos, á su vez, por ignorar de qué cosa sea la normalidad del organismo, á causa de lo averiado que de nacimiento suelen traerlo, presumieron y siguen presumiendo que el autor de la llamada *Epístola ad Pisones* estuvo en lo cierto, pues ven los estragos que por artísticos motivos ocurren á las veces en sus destemplados cuerpos.

Empero, como la población del globo no se resuelve en románticos y clásicos, sino que de ella forman parte, además de incontables neutros de cacumen, no pocos espíritus sanos, serenos y amigos de saber las cosas por propio inquirimiento, ha ocurrido que en todo tiempo la dogmática intimación de Horacio ha sido protestada por algún artista, literato ó crítico dotado de virilidad y de la consiguiente independencia para apelar ante la Naturaleza contra los fallos de la autoridad humana. — Apreciables esfuerzos se han hecho en tal dirección respecto al citado canon, aunque, la verdad sea dicha, sin decisivo resultado, por falta de apropiada orientación de espíritu para el hallazgo de pruebas incontrastables del contrapostulado. El asunto, mal tenido hasta ahora por privativamente artístico, es de mixta competencia por la índole fisiológica de sus naturales fundamentos, y exige, como cae de su peso, ser tratado, ó por un médico de profesión muy penetrado del Arte, ó por un artista peritísimo en cosas de Medicina, y el hecho histórico es que nunca los médicos han tomado parte en el debate. De ahí lo crónico é irresoluble de tal discordia y la inutilidad de las exacerbaciones que de vez en cuando la polémica ha ofrecido. Quizás el lector recuerde la más reciente, según mi conocer, ocurrida pocos años ha, y en la cual la románticísima Sara Bernhardt terció en favor de Horacio, por declaración verbal prestada ante un periodista parisien- se ó, como si dijéramos, un notario de afición.

Mas ello es que en esto los horacianos más temibles son los clásicos, apoderados como están, bajo forma de dómnes rutinarios, de las cátedras, pues ellos tienen por el mango la sartén del preceptismo, y de padres á hijos en ella fríen á la juventud con el decantado *Si vis me flere*, etc. (que á mí me suena á *Si vis me frictum esse*), y con otros no menos discutibles aforismos de la tan ponderada *Arte poética*.

De todo lo cual sacamos, como remanente irreductible, estas tres verdades en serie, á saber: primera, que el canon patético de Horacio, si bien ha dominado y domina aún en la preceptiva poética de las escuelas, no ha obtenido, sin embargo, en ningún tiempo el unánime acatamiento; segunda, que, en consecuencia, conviene hacer del dicho canon una formal y escrupulosa revisión; y tercera, que la tal revisión quedaría en mero esfuerzo especulativo si por ella no acometiéramos conjuntamente lo artístico y lo antropológico, lo teórico y lo práctico, lo normal y lo patológico que en el asunto se encierra.

En su vista lo que procede es, ante todo, aquilatar el valor del citado canon de Horacio, por cuanto representa la tradición, el dogma que ante el investigador se levanta, y que merece, por el solo hecho de estar en ejercicio de autoridad, los honores del previo examen, para luego, ó con el dogma, si éste fuere verdadero, ó sobre sus ruinas, si resultare falso, inquirir cuál es la vera naturaleza del sentimiento artístico y la positiva raíz de sus alcances patológicos.

## CRÍTICA DEL CANON PATÉTICO DE HORACIO

Dividiré esta especial y delicada tarea en dos sucesivas labores: dedicada la primera á fijar el intrín-

seco, el *absoluto valor* del propuesto apotegma, tomado solo, escueto, recortado á tijera, tal y como de antiguo circula en el mercado de las letras, y dirigiendo la segunda á justipreciar, de una parte, el *valor relativo* del mismo, una vez reengarzado en su natural montura, ó sea, en el pasaje de la célebre *Epístola ad Pisones* referente al artístico sentir, y de otra parte, la significación y trascendencia de ese extenso pasaje: que, al fin, doctrina poético-patética de Horacio es cuanto éste consigna en aquel amplio espacio de quince versos.

Acudiendo á la primera de mis dos labores, pongámonos delante el texto de la sentencia:

«...Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi;...»

(Nótese, para ulteriores efectos, que esta como intimación apotegmática acaba en punto y coma, lo cual no es acabar.)

Ahora analicemos el texto:

En el orden lógico ó formal, la transcrita proposición es de sentido común; y para verla con inmediata claridad, cambiemos su materia, de sutil, á fuer de sentimental, en llana y tangible, diciendo, verbigracia: «Si quieres que yo te cobre, págame tú;» lo cual, á puro de sensato, cae en vulgar, y de puro vulgar, resulta indigno de ser elevado á formal precepto.

Mas en el orden metafísico ó substancial, el dicho de Horacio merece más desfavorable calificativo: la de vacío de sentido, según va el lector á palparlo, que es más que verlo. Para ello basta reflexionar que, así en la relación de pago y cobro como en la del cambio sentimental, ha lugar á la falsificación de lo cambiado, y que no siempre esa falsificación implica engaño, puesto que, por convenio implícito, las gentes que sin más fin que matar el tiempo y solazar el ánimo juegan, verbigracia, al mus, saldan entre sí con altramuces sus deudas, quedándose tan contentos, por creerse congruentemente bien pagados. Quiero con esto decir que la propuesta máxima de Horacio comprende cuatro diversas formas de relación substancialmente posibles, y correspondientes á las cuatro variantes prácticas que en la vida real puede ofrecer el sentimental comercio.

He aquí los enunciados de las dichas cuatro formas, aunque simplificados y en términos que, por arte de retruécano, quedan bien grabados en la memoria:

Forma 1.<sup>a</sup> «Si quieres que yo lllore de verdad, llora tú de verdad.»

Forma 2.<sup>a</sup> «Si quieres que yo lllore de verdad, llora bien tú de mentira.»

Forma 3.<sup>a</sup> «Si quieres que yo lllore de mentira, llora tú de verdad.»

Forma 4.<sup>a</sup> «Si quieres que yo lllore de mentira, llora bien tú de mentira.»

Pongamos ahora sendos ejemplos prácticos de estas formas, con expresión de sus respectivas notas características.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA PRIMERA, que dice: «*Si quieres que yo lllore de verdad, llora tú de verdad.*»

Un joven, transido de pena por un desengaño de amor, provoca en su confidente madre lágrimas de tan hondo origen como las suyas propias. Lacerado él, á su vez, por el gran dolor de la autora de sus días, reanímase heroicamente para alentarla; produciéndose por tal cambio de reales sentimientos un cuadro equívoco, ante el cual el más experto adventizo no acertara á distinguir quién de entrambos desolados es allí el paciente originario, quién el mero partícipe del infortunio.

En semejante relación patética, lo característico, que es la comunidad perfecta del real sentir, se extiende de lo actual á lo transcendental del hecho, puesto que la pena, en la persona receptora ó confidente, sobre ser real, persiste en forma de perturbación, y hasta de estrago psico-físico, durante un tiempo proporcionado, tanto á la cordialidad de la relación, cuanto á la gravedad causal del sufrimiento. Eso, y no menos, es lo que merece llamarse «acompañar á alguien en su dolor;» lo demás, lo que la sociedad califica con tan hermosa como sencilla locución, no pasa de superficial, cuando no afectado cumplimiento.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA SEGUNDA, que dice: «*Si quieres que yo lllore de verdad, llora bien tú de mentira.*»

A un señor, bueno y sano, pero crédulo y compasivo, logra un tunante pintarle tan al vivo el horror de su situación, las hambres de su prole, la consunción de su mujer, los inminentes riesgos de honor de su hija ya nubil y hasta su propia tentación al suicidio, que, además de sonsacarle un auxilio cuantioso, todavía le deja sin gana de almorzar y refractario á las suspicaces reflexiones de su esposa, sobre si qui-

zás el supuesto infortunado era un solemne timador.

Este caso ofrece, por su carácter mixto, doble nota característica: de parte del truhán, á la fingida pena suceden instantáneamente brincos de escalones de cuatro en cuatro, como expresión combinada del gozo por el afortunado *sablazo*, y del afán de salvar cuanto antes el radio de la fechoría; mientras que de parte del engañado hay positiva pena, y acaso cierta trascendencia de ésta á un tiempo algo mayor que el de la duración de la entrevista.

A tal forma de relación patética deben ser reducidos los casos de falsas nuevas, dadas con arte de tribulación ó de alborozo bien fingidos, y hasta con simulación de pruebas.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA TERCERA, que dice: «*Si quieres que yo lllore de mentira, llora tú de verdad.*»

En medio de la más perfecta indiferencia, y aun de las más alegres expansiones, sorprende el duelo, el llanto, la desolación de un extraño. En tan brusca peripecia, ¿puede darse cosa más parecida al interior del foro de un teatro que nuestro propio interior, donde, por instantánea señal, lo que era decoración de mar tranquila, ó de alegre floresta, queda trocado por caridad hacia el afligido prójimo en decoración de abismo, cárcel ó cementerio, y cómo, por igual miramiento, cambiamos nuestro lenguaje de frívolo en formal, de cómico en dramático ó en trágico, según argumental conveniencia? Comedia es esta de que no mueren inocentes ni el médico, ni el abogado, ni siquiera el santo varón, confesor de monjas escrupulosas, ó de pecadoras mundanas, ó de grandes impíos transidos de arrepentimiento, ni persona alguna, en fin, aun la más ingenua y caritativa, cuyo estado profesional la ponga de continuo en relación con seres infortunados. — ¿Cómo no respirar en cesando el compromiso del oficio, sobre todo — seamos humanos — si el chocolate urge por fuera y la miseria estomacal por lo interior, distrayendo el ánimo del obligado compungimiento? — Y cuenta que esta es sólo una mitad de la humana comedia, puesto que su otra mitad la componen los dolientes fingidos que, en entierros, funerales y otros pasos no muy de fiar, reciben con interiores retozos los pesames de cumplimiento; bellaquería en cuya consideración no entro ahora porque va comprendida en la cuarta forma, ó sea, la del cambio del mentir por el mentir, pero con engaño de uno de los dos mentirosos.

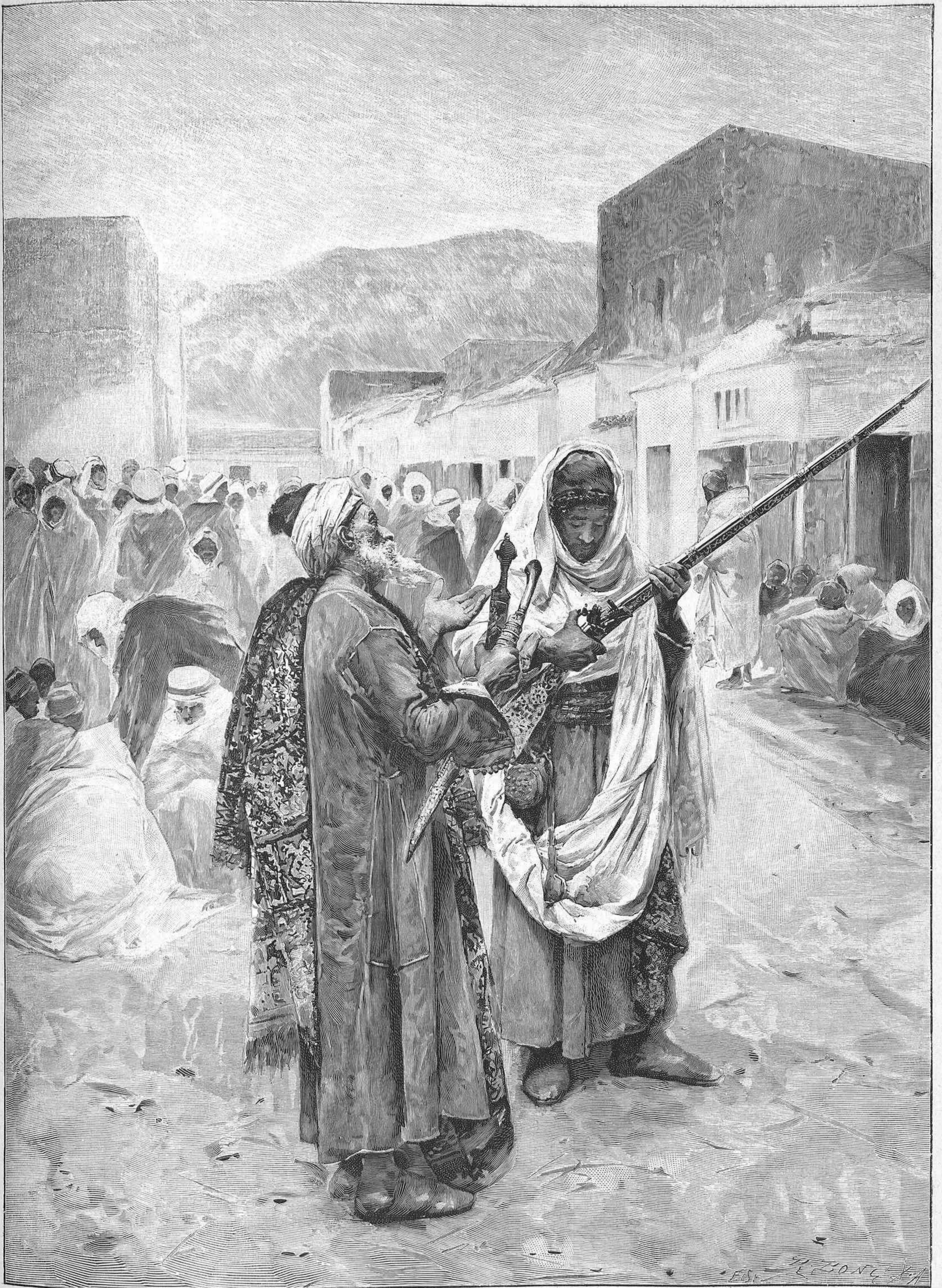
Cuanto á nota característica, digo que también es doble la de la forma tercera, objeto de este parágrafo, pues constituye caso mixto, si bien, por ofrecer invertida su relación, la pena deja rastro en quien ejerce de doliente, por cuanto lo es de verdad, mas no en quien funciona de consolante, ya que de ordinario éste obra por consideración ó miramiento ó por hábito de profesional filantropía; cosas todas que no penetran más allá de la epidermis, pues de no ser así, fuerza sería, ó abandonar tan nobles y sacerdotales oficios, ó dejarse el pellejo entero en su desempeño.

CASO EJEMPLAR DE LA FORMA CUARTA Y ÚLTIMA, que dice: «*Si quieres que yo lllore de mentira, llora bien tú de mentira.*»

A mano tenemos todos el muestrario vivo de lo que es la relación patética de mentira por mentira. Id á visitas, reuniones y saraos; acudid á los centros políticos, á los diplomáticos, á las antecámaras regias, imperiales y pontificias, y luego, en orden inverso, descendid hasta las zahurdas tabernarias, crapularias y presidiarias, adondequiera, en fin, que el hombre lleve intención de recabar del trato con sus semejantes la propia utilidad, y allí sorprendéis, naciente, espontáneo, el arte al servicio de la conveniencia, hermano técnico, según más adelante demostraré, del arte al servicio de lo bello. No critico esta tendencia á la ficción-sistemática, doble y hasta mutuamente sobreentendida de hombre á hombre, con el fin de ver quién engaña á quién, procurando cada cual, á fuerza de gramática parda, encubrir las propias intenciones y descubrir las ajenas; consígnola en cuanto observador de la Naturaleza y hasta relativamente la celebro como una muestra más del divino ingenio. Por no disponer de ese intrincado y sutil registro, los irracionales van derechamente, á mordiscos y zarpadas, ó de peor manera, al bulto de sus conveniencias y al fin de sus intenciones. ¡Loado, pues, sea Dios, que para inclinarnos á cultos sembró en nuestro corazón semilla de comediantes!

Cuanto á nota característica, ello cae de su peso que la de esta cuarta forma de relación es negativa en todos aquellos casos en que los hombres tiran á engañarse de verdad: en este pie de trato nadie siente lo que dice; si algo siente, y aun lejos, es, ó el no haber logrado engañar al prójimo, ó el haberse dejado engañar por éste. Ahora, si el recíproco mentir fuese tácitamente convenido y por entrambas partes





VENDEDOR DE ARMAS EN EL CAIRO, cuadro de G. Simoni



deseado, por no ser lo útil sino lo bello el argumento de la humana relación, ¡ah! entonces resulta... lo que no me es lícito decir mientras no haya dado término a la presente analítica tarea.

Resumiendo lo que de ésta llevo desempeñado como primera labor de las dos que me propuse, digo: que el canon patético de Horacio, juzgado en absoluto como apoteósma suelto, resulta nulo en la esfera lógica por trivialidad de forma, y nulo asimismo en la esfera metafísica por indeterminación de fondo.

Quede, sin embargo, con carácter provisional este juicio, y pasemos al examen del total pasaje de la referida *Epístola ad Pisones*, dedicado al sentimiento poético y a su expresión: que el juzgar a un hombre de la celebridad de Quinto Horacio Flacco no es tan llana cosa como el juzgar a un pelafustán metido a preceptista; pues, aunque no sea más que por el «qué dirán,» debe uno, en casos de tal compromiso, cargarse de razón como se deja cargar de bultos un camello, hasta más no poder, salva la expedición del natural movimiento.

El pasaje de referencia constituye un verdadero mosaico de conceptos y admoniciones que se extiende, según dije, a quince versos, ó sea desde el 99 hasta el 113, ambos inclusive. Lo delicado del asunto me aconseja la consignación íntegra del texto latino correspondiente, a fin de que el lector pueda, con el original a la vista y sin el menor esfuerzo de recordación, juzgar de la fidelidad de la versión castellana, materia inmediata del análisis. En facilitar ese cotejo tengo un empeño muy grande, nacido de obligación, ya que no habiendo hallado entre las traducciones españolas de la célebre *Arte poética* más que abominables traiciones, sobre todo para los efectos de la fidelidad verdaderamente judicial que esta sumaria información exige, no he tenido más recurso que exprimir el poquito de latín que en el desván gatero de la memoria conservaba, para con las escurriduras aderezar una versión prosaica, no nada literaria, pero sí lo más cuerdamente literal posible del aludido fragmento.

#### TEXTO LATINO

«Non satis est pulchra esse poemata; dulcia suntu,  
Et quocumque volent animum auditoris agunt. 100  
Ut ridentibus arrident, ita flentibus adsunt  
Humani vultus. Si vis me flere, dolendum est  
Primum ipsi tibi; tunc tua me infortunia laedent,  
Telephe, vel Peleu: male si mandata loqueris,  
Aut dormitabo, aut ridebo. Tristia moestum 105  
Vultum verba decent; iratum plena minarum;  
Ludentem, lasciva; severum, seria dictu  
Format enim natura prius nos intus ad omnem  
Fortunarum habitum; juvat aut impellit ad iram,  
Aut ad humum moerore gravi deducit, et angit: 110  
Post effert animi motus, interprete lingua.  
Si dicentis erunt fortunis absona dicta,  
Romani tollent equites pedites que cachinum.»

#### VERSIÓN CASTELLANA PROSAICO-LITERAL A LÍNEA POR VERSO

«No basta sean perfectos los poemas; gratos sean,  
Y adonde quieran lleven el ánimo del oyente. 100  
Como a los risueños sonríen, así a los llorosos atienden  
Los humanos rostros. Si quieres hacerme llorar, padece  
Antes tú mismo; entonces tus infortunios me lastimarán,  
Telefo, ó Peleo: si mal lo encomendado declamares,  
O bostezaré, ó me reiré. Tristes palabras 105  
Afligido semblante requieren; airado las amenazadoras;  
Retozón las lúbricas; severo las de grave concepto.  
Pues naturaleza nos formó de antemano dispuestos a toda  
Suerte de eventos; ella nos ayuda ó impele a la ira,  
O nos abate con grave aflicción, y acongoja: 110  
Luego el movimiento del ánimo sale fuera: intérprete la lengua.  
Si del declamante los dichos discordaren de las situaciones,  
Los romanos, caballeros y plebeyos, soltarán la carcajada.»

Ahora, analicemos por períodos gramaticales:

JOSÉ DE LETAMENDI

(Se terminará)

#### EL PUÑAL DE LA CASTELLANA

A dos leguas y media de Toledo, y sobre un montículo que domina el pueblo y la comarca de Guadamur, se alza, esbelto y majestuoso, el histórico castillo que fundó, en tiempo de D. Juan II, el noble don Pero López de Ayala, primer conde de Fuensalida.

Fué este bizarro caballero muy querido de aquel monarca y de su hijo D. Enrique IV, de quienes obtuvo cargos de tanta confianza como el de alcaide mayor de Toledo, alcaide de los reales alcáceres, puentes y puertas, y aposentador mayor del rey; alférez del pendón de la Vanda, ricohome de Castilla y confirmador de los reales privilegios.

Digno hijo de otro D. Pedro López de Ayala, que ilustró su nombre con empresas de valor y de nobleza, y de la virtuosa doña Elvira Castañeda, hizo esculpir los blasones de ambas familias encima de la

puerta principal del castillo, donde aún figuran al lado del de doña María de Silva, su aristocrática esposa.

A mediados del siglo XVII, el castillo, abandonado por sus señores, que habían fijado su residencia en la imperial ciudad, sólo conservaba en buen estado las dos alas que lo unen con la torre, pues en las dos restantes se habían hundido las techumbres y derrumbado parte de los muros interiores.

En el cuerpo habitable vivían, en la época a que se refiere la presente historia, doña Isabel de Silva, respetable anciana, medio paralítica, y su nieta Laura de Luna, hermosa joven, morena, de rostro pálido y ojos negros, grandes, melancólicos, con miradas de energía, que revelaban rasgos de vehemencia en un alma soñadora.

El resto de la fortaleza estaba abandonado a las sabandijas y a los murciélagos.

Doña Isabel se pasaba los días en la sala de armas; en invierno, al lado de una gran chimenea en que ardían rufes de olivo, retorcidas como culebras; en verano, junto a una ventana por la cual se veía en primer término el tranquilo pueblo de Guadamur, y a lo lejos la cuenca del Tajo y la Sierra Nevada.

Al lado de la infeliz paralítica, Laura bordaba silenciosamente en su pequeño bastidor ó leía algún libro de historias caballerescas.

Transcurrían horas enteras sin que las dos mujeres se dirigiesen una sola palabra. La abuela vivía de recuerdos y la nieta de ilusiones.

La madre de Laura había muerto al darla a luz, a tiempo que su padre y su abuelo (el hijo y el esposo de doña Isabel) sucumbían en el sitio de Ostende, después de haber conquistado en Flandes gloriosa fama de soldados valerosos é intrépidos.

En los ángulos de la sala había cuatro panoplias con todas armas y armaduras. Los retratos ahumados de los descendientes adornaban los muros. Retratos y armas recordaban la historia de la familia, desde el mandoble con que D. Pero López de Ayala peleó contra los moros de Granada, hasta el puñal holandés con que Ana de Luna, tía de Laura, dió muerte a su amante traidor, a los pies de una rival.

En la acerada hoja de aquel hermoso puñalejo, colocado en el centro de una panoplia, se veían manchas de orfín que habían sido manchas de sangre.

En sus eternas meditaciones, Laura fijaba a menudo los ojos en el retrato de Ana de Luna, cuya figura arrogante y hermosa parecía salirse del obscuro lienzo, y se la representaba, con cierta admiración mezclada de terror, hundiendo el puñal en el pecho del hombre que la había ultrajado.

Un día en que Laura había reflexionado más que nunca sobre el desamparo en que iba a quedarse a la muerte de su abuela, llegó al castillo un arrogante mozo, que fué conducido inmediatamente a la sala de armas por Baltasar, el viejo criado de confianza de doña Isabel, quien temblando de emoción anunció a las señoras:

— ¡El conde de Astur!

Enrique Ordóñez, conde de Astur, era hijo de un compañero de armas del padre de Laura, y había pasado la mayor parte de la infancia en el castillo.

La muchacha conservaba un grato recuerdo del amiguito que tantas veces había compartido juegos, alegrías y pesares con ella; pero no podía perdonarle la ingratitud y el olvido con que había pagado su cariño casi fraternal, desde que los azares de la vida la habían sumido a ella en las tristezas de la orfandad, y lo habían encumbrado a él a los esplendores de la fortuna.

Enrique vivía en Toledo, entregado a todos los placeres, sin acordarse de las castellanas de Guadamur. Una noche en que, cenando con amigos, se incluyó a Laura en la lista de las mujeres más hermosas de la ciudad y sus contornos, el joven conde de Astur apostó que antes de un mes la habría añadido al catálogo de sus conquistas.

Hacia años que no había puesto los pies en el olvidado castillo, cuando sorprendió con su visita a doña Isabel y a su nieta. La acogida que éstas le dispensaron fué en extremo cariñosa. No podían ver sin una profunda emoción al joven que les recordaba la época más feliz de su existencia.

La conversación duró muchas horas, que pasaron como un soplo. Enrique encontró a su antigua amiga hermosa, inteligente, encantadora, con un sello de originalidad que la distinguía de todas las demás mujeres que él había conocido. Quedó prendado de ella, y no se retiró sin haberle prometido otra visita en plazo breve.

Al acompañarlo hasta la puerta exterior de la vieja fortaleza, el buen Baltasar casaba ya *in mente* al arrogante conde con su señorita, y veía restaurado el castillo y vuelta la familia a su antiguo esplendor.

Dos semanas después Enrique había menudeado

las visitas, al punto de que éstas eran ya diarias. Se mostró afable, alegre, fascinador; y Laura, que al principio le escuchaba con sorpresa, algo asustada de aquel mundo nuevo que le hacía entrever su amigo, concluyó por rendirse al encanto de aquel hombre irresistible.

Pasaban largas horas en íntima conversación. La abuela se dormía a veces en su butaca, y los jóvenes bajaban la voz por temor de despertarla. De vez en cuando Laura bajaba también los ojos, al mismo tiempo que su cutis de lirio adquiría rosados tintes, como llamaradas de rubor.

Luego, iban juntos a pasear por los solitarios corredores del castillo, donde los pasos resonaban con lígubre ruido. Nadie interrumpía sus amorosos coloquios, como no fuera el ruido de algún histórico tapiz, cuyas figuras parecían animarse al ser movido por el viento.

Ingenua, confiada, delirante de amor, Laura se entregó en cuerpo y alma al hombre que juró hacerla su esposa en breves días. Al darle, aquella tarde, el beso de despedida, experimentó un estremecimiento extraño, inexplicable, cual si hubiera presentado una infame traición; y aquella misma noche, en el silencio y en la soledad de su cuarto, no pudo pegar los ojos, que se obstinaban en ver, en medio de las tinieblas, la altiva imagen de Ana de Luna y el puñal manchado de sangre.

El día siguiente, Enrique no fué al castillo. ¡Qué mortal angustia la de Laura! Transcurrieron tres días, y la enamorada joven no pudo esperar más.

— Voy a Toledo, dijo a su abuela. Enrique no puede haberme engañado. Alguna gran desgracia le ha ocurrido cuando no viene ni manda ningún mensaje.

Laura no expresaba francamente su pensamiento. La atormentaba la duda; temía ser engañada, olvidada, sustituida por otra mujer en el corazón de su amante.

En el momento de partir, sus ojos tropezaron con el puñal de Ana de Luna, y con mano nerviosa, por un movimiento casi involuntario, lo arrancó de la panoplia y lo ocultó en su cinto.

Llegó de noche a Toledo, acompañada del viejo Baltasar. No era fácil conocerla bajo su negro manto y tupido velo. Hizo esperar al criado en el pórtico de una iglesia, y se fué sola al domicilio de Enrique.

Allí la enteraron de que el señor conde cenaba aquella noche con varios amigos en la hostería de las Tres Rosas. Laura no hubiera dado con ella sin los buenos oficios de Baltasar, que esta vez la acompañó hasta la puerta.

— ¿El conde de Astur?, preguntó temblando y en voz baja a un hombre que parecía ser el hostelero.

— ¡Ah! ¿Sois de la partida?, dijo sonriendo maliciosamente el hombre.

Y haciéndola subir al primer piso por una estrecha escalera de mugriento pasamano, le señaló al fondo de un corredor una puerta entornada por donde salían voces y ruidos de fiesta.

Retiróse el hostelero, y Laura, convulsa, febril, loca de amor y de celos, se acercó a la puerta, apoyándose en la pared del corredor obscuro. Aplicó el oído. Enrique hablaba con bronca voz y torpe lengua:

— ¡Ah! Yo creía haberos contado ya esta aventura. La conquista no fué fácil; pero la castellana no había de ser más resistente que el castillo, y así como el tiempo ha bastado para abrir brecha en la fortaleza, mi constancia y mi astucia rindieron por último a Laura.

— ¡Bravo!

— Bebamos a la salud de tu víctima.

— ¿Es bonita?, preguntó una voz de mujer.

— ¡Qué! ¿Estás celosa?, exclamó Enrique. La protagonista de mi aventura es un anacronismo viviente, que habla como un libro de caballería y viste como mi bisabuela; más altiva que una emperatriz y más pobre que las ratas que comparten con ella la hospitalidad que se les da en el ruinoso castillo de Guadamur. Bebamos a la salud de mi bella Inés, única reina de mi corazón.

Los comensales, siguiendo el ejemplo de Enrique, se pusieron de pie, aunque con la dificultad propia de hombres beodos, y exclamaron, levantando sus vasos en que acababan de escanciar el vino:

— ¡A la salud de Inés!

— ¡A vuestra salud, hermosas!, dijo el conde de Astur, dirigiéndose a las compañeras de orgía de sus amigos.

De pronto soltó el vaso y cayó de bruces sobre la mesa, rompiendo copas y botellas. Un fantasma negro, que los comensales tomaron por un espíritu vengador, había hundido un puñal en el pecho del conde, desapareciendo al instante con la rapidez del pensamiento.

Laura se salvó a favor de las tinieblas, seguida de su fiel servidor. Enterado éste del sangriento drama,



condujo á su señora al borde del río, que le hizo pasar en una barca; y montando en las cabalgaduras que habían dejado fuera de la ciudad, regresaron rápidamente al castillo.

Exaltada por intensa fiebre, Laura se arrojó á los pies de su abuela, enseñando el puñal ensangrentado:

— ¡Perdón!.. Por segunda vez este acero ha vengado el honor de la familia.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

Por una mujer. fragmento de un cuadro de Puig Roda. — ¡A cuántas consideraciones se presta este cuadro, inspirado en la funesta preocupación social que autoriza, justifica y aun impone el desafío! Sin querer actuar de moralistas, ya que ni esta es nuestra misión ni la sección á que están destinadas estas líneas es terreno á propósito para tales disquisiciones, no podemos menos de confesar que, en punto á lances de honor, la sociedad no ha progresado al compás de lo que ha avanzado en los demás usos que la civilización ha ido modificando: confiar á la destreza en el manejo de las armas, no siempre hermana con la razón, la resolución de un litigio de hon-



En el mesón, cuadro de Mariano Barbasán

ra; consentir una contienda en la que las más de las veces sucumbe el agraviado; autorizar un asesinato en quien no se toleraría un delito de menos importancia y de menos funestas consecuencias, será todo lo caballeresco que se quiera, dentro de nuestros eternos convencionalismos; pero, aun prescindiendo

de asunto al celebrado pintor Simoni para trazar en el cuadro que reproducimos una de esas notas orientales debidas al pincel del mismo autor que tantas veces hemos tenido ocasión de elogiar en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Los artistas que han recorrido los países de Oriente y han estudiado

de las leyes divinas y humanas, resultará siempre absurdo á los ojos de cuantos miren el asunto desapasionadamente. La contemplación de la obra de nuestro paisano el reputado artista Sr. Puig Roda, nos da, á nuestro modo de ver, un argumento en contra del duelo y en favor de las consideraciones que dejamos expuestas: la impasibilidad del que acaba de herir mortalmente al que quizás fué su amigo ha de repugnar á toda conciencia honrada, y la vista del infeliz que yace exánime ha de inspirar compasión á los menos sentimentales, al pensar que tal vez fué el agraviado, y no sólo no pudo castigar la ofensa, sino que sucumbió á manos del que mancilló su honra. Desde el punto de vista técnico, el cuadro *Por una mujer* tiene bellezas de primer orden, pues las figuras están bien ejecutadas, la escena resulta perfectamente dispuesta y el lugar en que se desarrolla armoniza por modo admirable con el asunto.

Vendedor de armas en el Cairo, cuadro de G. Simoni. — La afición que los pueblos africanos tienen á las armas ha servido



La primavera, cuadro de León Perrault (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)





EL JUICIO DE PARIS, COPIA DE UN CUADRO DE G. MANTEGAZZA



sus costumbres, siéntense irresistiblemente atraídos por unos y otras y no pueden sustraerse al deseo de trasladar al lienzo aquellos paisajes llenos de luz y de color y aquellas escenas como pocas pintorescas: Simoni es uno de ellos, y encariñado con tales asuntos ha llegado a dominar de tal suerte esta materia, que sus obras son verdaderas joyas, tan apreciadas por la crítica, como estimadas por los aficionados á las bellas artes.

**M. Carlos Eustace, jefe de la banda del 2.º regimiento de Ingenieros de Francia.** - Barcelona ha albergado estos días á la notabilísima banda del 2.º regimiento de Ingenieros de Francia, que ha sido recibida con grandes muestras de cariño y simpatía por los barceloneses de todas las clases sociales y aplaudida con verdadero entusiasmo en cuantos conciertos ha tomado parte. El jefe de esta banda, cuyo retrato publicamos, nació en Perpignan en 1864. A la edad de 18 años sentó plaza de voluntario en la banda del regimiento núm. 100 de infantería, que se hallaba de guarnición en Perpignan. Dos años después fué nombrado subjefe de música en el regimiento de infantería núm. 31, de guarnición en París. En esta situación siguió durante dos años los cursos de armonía del Conservatorio de París. En 1887 ganó por oposición la plaza de músico mayor del primer regimiento de infantería acuartelado en Cambrai. En 1894, teniendo ya cumplidos los



M. CARLOS EUSTACE, jefe de la banda del 2.º regimiento de Ingenieros de Francia que actualmente se encuentra en Barcelona.

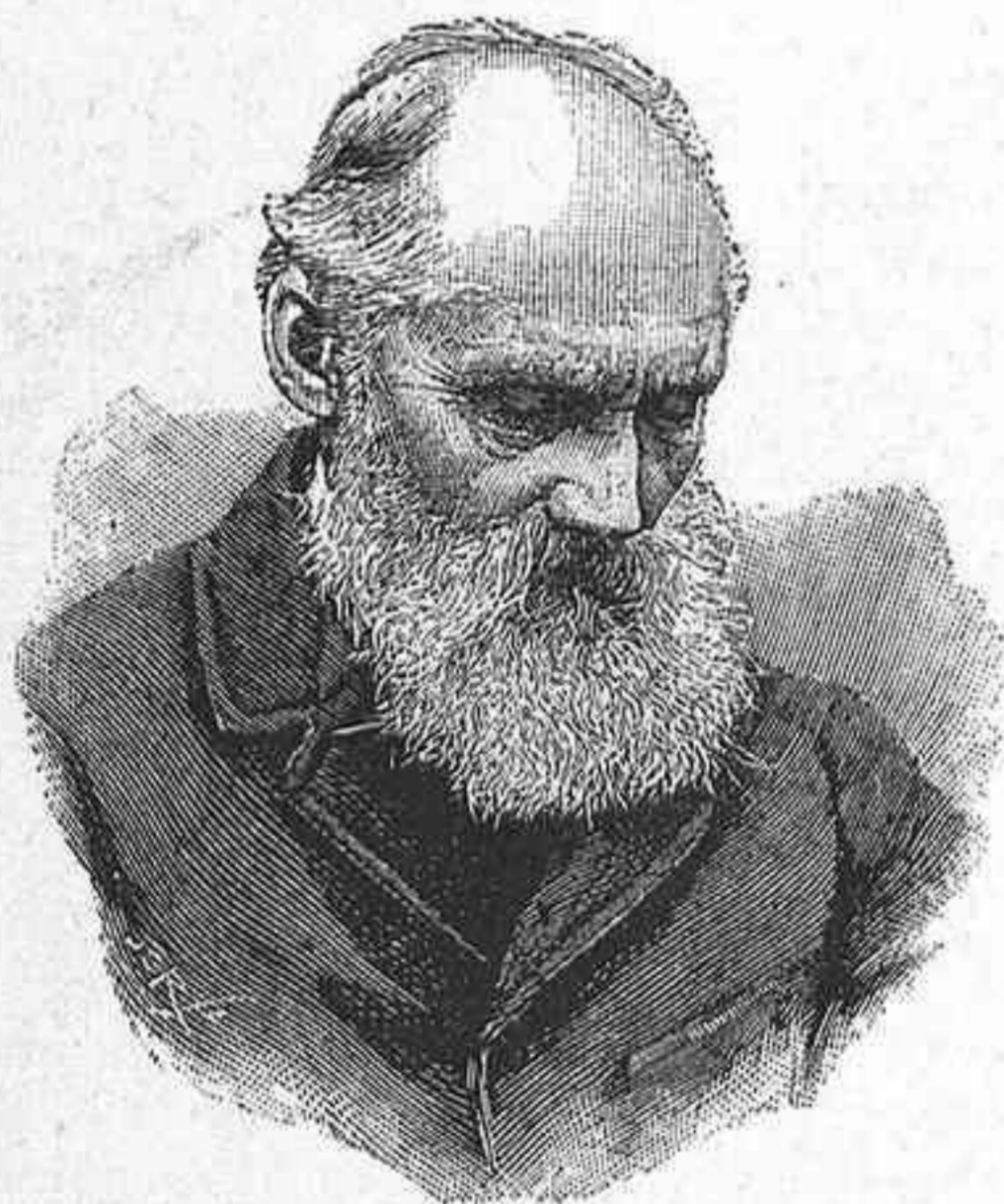
seis años reglamentarios en el desempeño de músico mayor y las buenas notas exigidas para presentarse al concurso especial abierto entre músicos mayores de infantería para la obtención del empleo de jefe de banda de Ingenieros, ganó las oposiciones con el núm. 1, obtenido en París por unanimidad de votos, sobre diez y nueve candidatos opositores, de los cuales era él el más joven. Dirige, pues, la banda del 2.º regimiento de Ingenieros desde hace dos años.

Jefe de música de primer orden, es también compositor y ha ganado varias recompensas en distintos concursos de composición, organizados en Francia por varios centros musicales. Es miembro de la Sociedad internacional de autores, compositores y editores de música desde 1886.

Tres ó cuatro años atrás compuso una pieza dedicada á S. M. la reina regente de España, cuyo título es *Tourments passés!* S. M. la reina le hizo dar las gracias de esta dedicatoria por su secretario particular.

Ha compuesto numerosas piezas, así para bandas militares como para piano.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia á los homenajes de admiración y simpatía que nuestra ciudad ha tributado á los músicos franceses y se honra publicando el retrato del que tan admirablemente les dirige.



LORD KELVIN, profesor de Filosofía natural de la universidad de Glasgow que acaba de celebrar el quincuagésimo aniversario de su nombramiento para aquella cátedra.

**Lord Kelvin.** - Hace pocos días la Universidad de Glasgow ha conmemorado el quincuagésimo aniversario del nombramiento de lord Kelvin para el desempeño de la cátedra de Filosofía natural: la mayoría de las universidades de Europa y de América y de las colonias inglesas estuvieron representadas por medio de delegados especiales en los actos con que se celebró la memorable fecha de la carrera científica del «gran sabio anciano,» como con razón se le ha llamado. Lord Kelvin, más conocido por su nombre de Guillermo Thomson, nació en Belfast en 1824, entró á los once años en la universidad de Glasgow, en donde su padre era profesor de Matemáticas, y desde muy joven demostró ser matemático consumado. Estudió luego en Cambridge y durante algún tiempo trabajó en el laboratorio de Regnault en París. A los veintidós años fué nombrado catedrático de Filosofía natural de Glasgow, cargo que desde entonces ha venido desempeñando sin interrupción y que no ha querido abandonar á pesar de habersele hecho ofrecimientos en extremo tentadores: también se encar-

gó, desde aquella época, de la dirección del *Cambridge and Dublin Mathematical Journal*. Entre los trabajos más importantes de lord Kelvin para los progresos de las ciencias figura la construcción de muchos y preciosos instrumentos. Su cuadrante y su electrómetro portátil son objetos de gran valor. Es imposible enumerar en reducido espacio todos los descubrimientos é invenciones de este sabio. Lo que más conocido le ha hecho del público son sus estudios de telegrafía submarina. En 1852 Faraday le confió el de las causas del retraso que experimentaban los despachos al ser transmitidos por la línea de Harwich á la Hagne, y entonces formuló su famosa «ley de los cuadrados.» Y no sólo la formuló, sino que en comprobación de ella inventó su galvanómetro de espejo: también inventó por entonces su sifón *recorder*, que permite funcionar con menos fuerza eléctrica y preservar los cables de los desperfectos que pudiera causar la alta tensión de las corrientes. En 1865 y 1866 tomó parte en el tendido del primer cable transatlántico, y á su regreso fué nombrado caballero, por los servicios prestados. De 1890 á 1895 ha sido presidente de la Sociedad Real. La lista de las distinciones que le han conferido las universidades y corporaciones científicas es interminable.

**En el mesón, cuadro de Mariano Barbasán.** - Digno de alabanza ha de ser siempre cuanto tenga por objetivo enaltecer á la patria, y mayores plácemes merecerá aquel que para realizar tan noble propósito la dedique los frutos de su inteligencia y de su actividad. En este caso hállase nuestro buen amigo el distinguido pintor D. Mariano Barbasán, quien lejos de la tierra española, en Roma, dedica á la patria querida afectuoso recuerdo, produciendo obras bellísimas en las que se retratan ó reproducen tipos y costumbres distintivos de nuestra nacionalidad. Muestra de ello es el primoroso cuadro que reproducimos, que atestigua una vez más las aptitudes y habilidad del artista.

**La primavera, cuadro de León Perrault.** - De muchas maneras han simbolizado los pintores de todos tiempos á la primavera, lo cual constituye una dificultad no pequeña para los que enamorados de la idea quieren darle nuevas formas: de aquí, en nuestro concepto, el mérito principal de la preciosa composición de Perrault, que tan celebrada ha sido en el último Salón de los Campos Eliseos de París. El notable pintor francés ha sabido expresar con verdadera novedad el pensamiento por tantos otros explotado, presentándolo al mismo tiempo en su forma más lógica dentro del simbolismo que en la alegoría preside, ó sea en la del abrazo de la primavera y del amor, esas dos manifestaciones, de la naturaleza una, del corazón otra, que parecen darse mutuamente la vida, que se completan y por decirlo así se funden.

**El juicio de Paris, cuadro de G. Mantegazza.** - El renombrado pintor italiano autor de este cuadro es conocido ya de nuestros lectores, que han podido admirar en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA sus obras *Mártires cristianos en el circo* y *Contrastes de la vida*, que hemos publicado en los números 623 y 641 respectivamente. En el que hoy reproducimos ha modernizado el episodio de la vida del pastor griego, sustituyendo el monte Ida por uno de los puentes de la sin par Venecia, haciendo del hijo de Priamo y Hécuba un gondolero de la perla del Adriático, y de Juno, Minerva y Venus tres de esas hermosas muchachas que constituyen uno de los mayores encantos de la ciudad de las lagunas. Innumerables son las bellezas que atesora este lienzo: la composición, el dibujo, los efectos de luz, todo es en él admirable y todo revela el talento y la mano de un artista de primer orden.

**Mirza-Riza-Kirman, el asesino del shah de Persia.** - El asesino del shah de Persia, cuyo retrato publicamos, pertenece, como es sabido, á la secta político-religiosa de los *babis*, fundada hace cerca de medio siglo por Hadji-Ali-Mohamed, apellidado Bab (*La puerta de la Verdad*), de donde deriva el nombre de sus adeptos. Hadji fué ejecutado en Tauris en los comienzos del reinado de Nassr-Eddin y los *babis* juraron vengarle, habiendo la policía persa desde entonces hecho fracasar varias veces sus complots criminales antes del atentado de 1.º de mayo último, que no pudo prevenir. Mirza-Riza era muy conocido en Teherán como buhonero: no es un loco, como algunos han sostenido, ni tan fanático como otros han supuesto.

Contrariamente á la costumbre de aquel país y por orden del ministro, todavía no ha sido sometido á la tortura.

MISCELÁNEA

**DELLOS.** - En las excavaciones que, bajo la dirección de M. Homolle, director de la Escuela francesa de Atenas, se efectúan en Delfos, se ha desenterrado una estatua de bronce, de 1<sup>m</sup>.80 de altura, de maravilloso arte, perfecta desde el punto de vista de la técnica y en toda la flor de su patina verde.

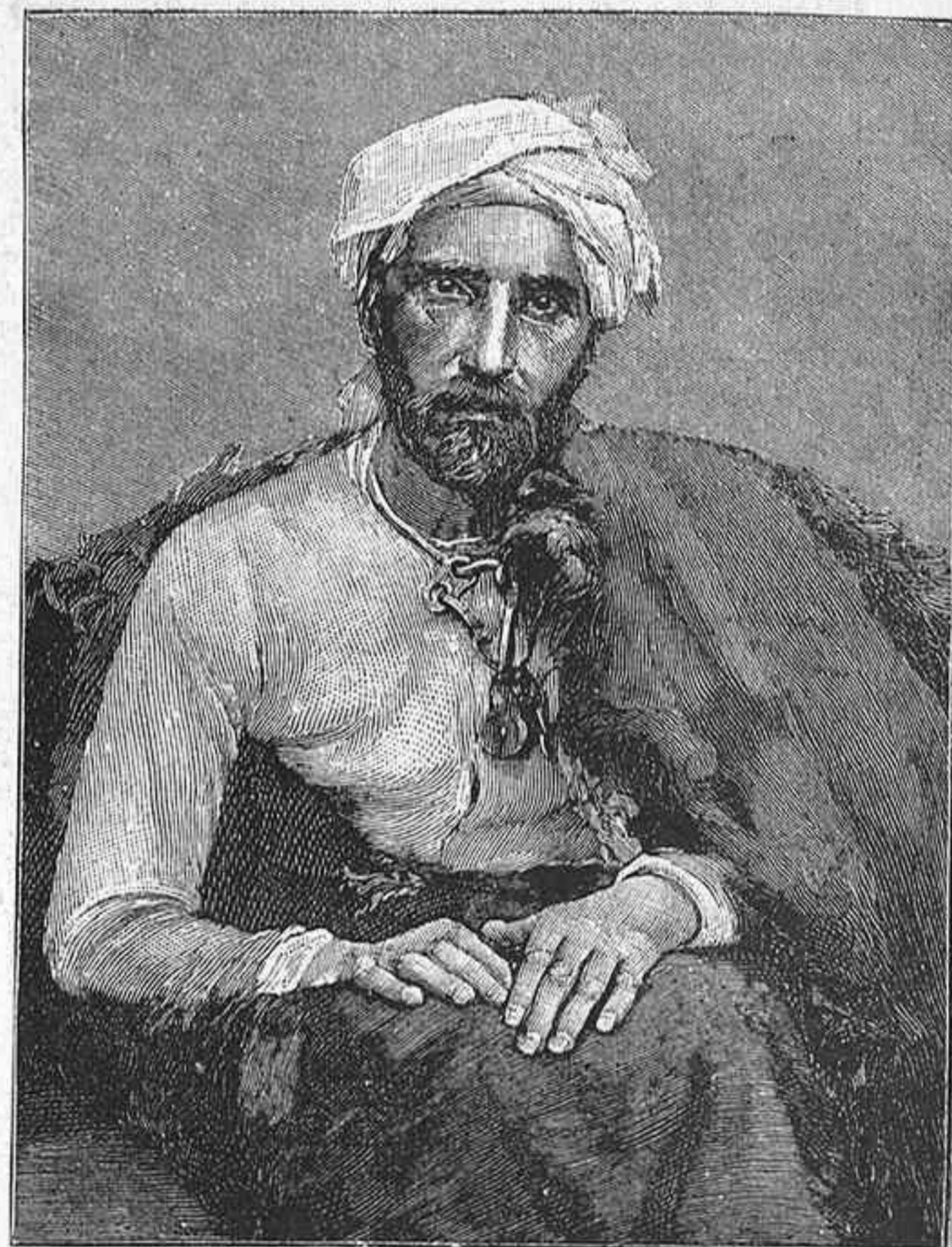
El traje, las riendas sostenidas en la mano, el carro en que descansan los pies no dejan duda alguna acerca de la profesión del personaje representado por esta estatua. Debe ser el conductor ó dueño de una cuadriga, que alcanzó el triunfo en alguna carrera celebrada con motivo de los Juegos píticos.

El vencedor aparece joven, casi un mozo imberbe, de cabeza fina, cabellos cortos y ensortijados, sujetos á las sienes, y la frente con una cinta en forma de diadema, las facciones nobles y hermosas, la parte inferior del rostro desarrollada, la boca un poco grande, y los ojos animando la expresión de la fisonomía y dándole como un reflejo del contento que se retrataba en ella en el momento del triunfo. El cuello es robusto y los hombros anchos y bien marcados. El cuerpo, firme y sin actitud rebuscada, está vestido con el quitón que solían llevar los conductores de carros: esta prenda, ceñida á la cintura, cae en pliegues rectos y sueltos de las caderas á los pies. El brazo está aplicado al cuerpo; el antebrazo levantado, desnudo y es de un dibujo correctísimo, sin que ningún abultamiento denote en el autor la intención de encontrar el vigor en la exageración de las formas. La mano, que sostiene las riendas, tampoco presenta indicios de contracción, y los pies están juntos.

En toda la figura se advierte cierta impresión de calma y de dignidad; no se nota en ella esfuerzo alguno por parte del modelo ni por la del artista.

Las proporciones de la figura y del cuerpo, el arreglo de los cabellos y la posición de la cinta que los sujeta, la simetría de los pliegues, la rigidez un tanto hierática de la actitud, y más que nada el estilo, revelan una obra procedente de la escuela egineta, posterior á las guerras médicas y anterior á Policletus;

por consiguiente dicha estatua debió haberse fundido entre los años 470 y 460 antes de nuestra era. Su fecha, lo propio que sus dimensiones y su valor artístico verdaderamente excepcional, hacen que se la deba clasificar entre los recuerdos más preciosos de la antigüedad griega.



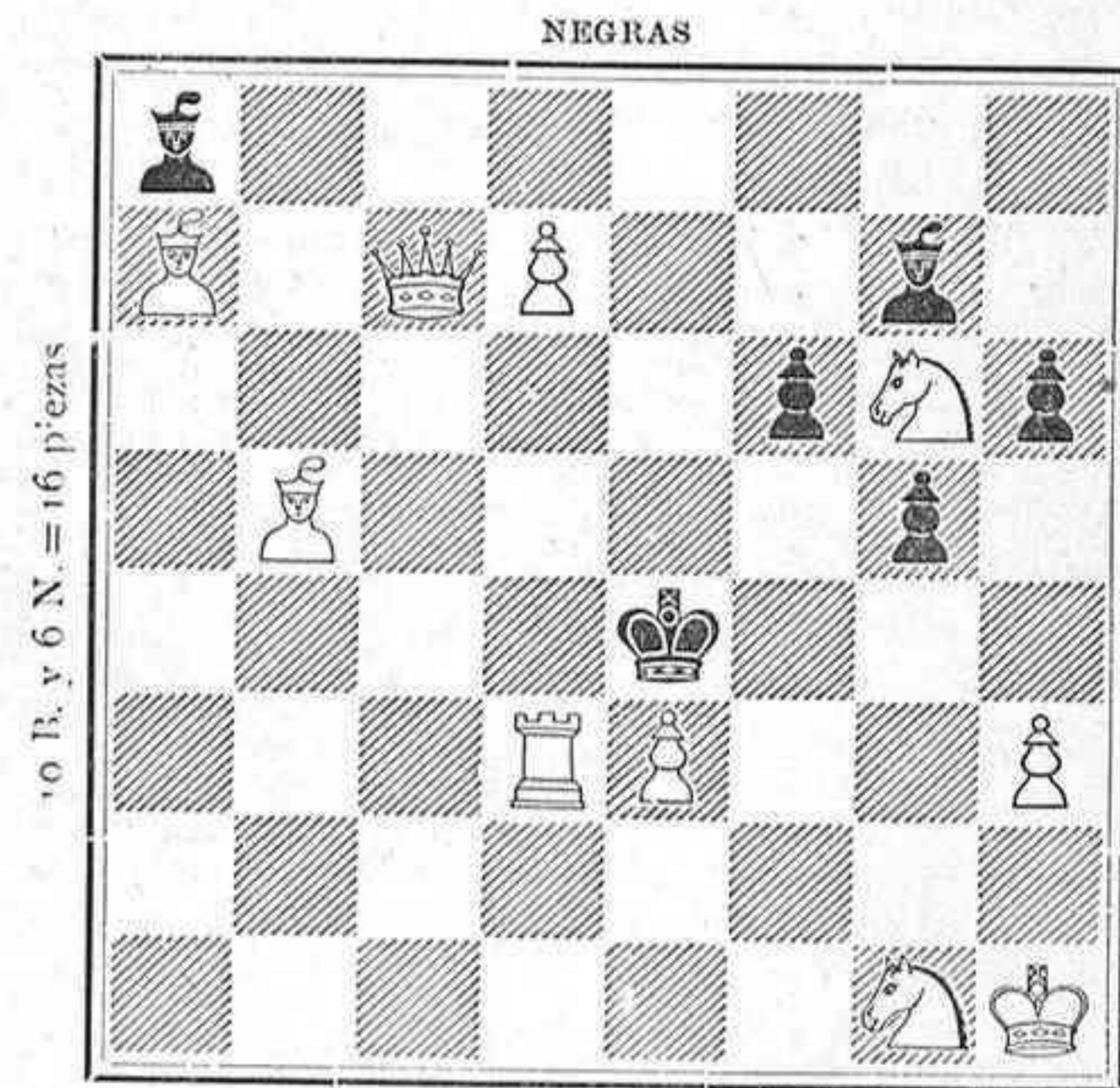
MIRZA-RIZA-KIRMAN, el asesino del shah de Persia

**Teatros. - Barcelona.** - Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El judío polaco*, drama en tres actos de Erckmann Chatrian, arreglado á la escena española por los señores Francos y Llana, y *María del Carmen*, preciosa comedia en tres actos de D. José Feliu y Codina, en cuyo desempeño rayaron á gran altura María Guerrero y los Sres. Díaz de Mendoza y García Ortega; y en el Lírico *Juan José*, drama en tres actos de D. Joaquín Dicenta, obra de pasión, sobriamente trazada y admirablemente escrita, de un realismo en algunos puntos excesivamente crudo, en cuya ejecución alcanzaron grandes y merecidos aplausos la Srta. Cobeña y los Sres. Thuillier, Vallés y Balaguer; *El libre cambio*, graciosísima comedia en tres actos muy bien arreglada del francés por D. Emilio Mario (hijo), y *Doña Perfecta*, hermosa comedia en cuatro actos del insigne novelista y autor dramático Sr. Pérez Galdós. En el Tívoli funciona una compañía de zarzuela, de la que forman parte artistas tan reputados como Lucrecia Arana, Rosell, Romea y Castilla y que se dedica al llamado género chico, obteniendo muchos aplausos en todas las obras que pone en escena.

**Necrología.** - Han fallecido: Ernesto Rossi, eminente actor italiano. Sir. J. Russell Reynolds, notable médico inglés. M. de Falbe, diplomático dinamarqués. Mad. Schumann, célebre pianista alemana. M. Salomon, decano de los médicos de Inglaterra, muerto á la edad de ciento seis años. El conde de Casal Ribeiro, diplomático portugués, representante de su patria en Madrid.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 25, POR VALENTÍN MARÍN Y LLOVET (Tercer premio del undécimo concurso del *Hackney Mercury*)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 24, POR V. MARÍN

- |                      |                               |
|----------------------|-------------------------------|
| Blancas.             | Negras.                       |
| 1. DcCD              | 1. P7TD (*)                   |
| 2. T2AD              | 2. A toma P jaque ó P toma T. |
| 3. T6AD ó D6CD mate. |                               |

(\*) Si 1. C6AR; 2. P5R jaque, y 3. P8TR (D ó T) mate; - 1. T toma P6CR; 2. P8TR (c) jaque, y 3. T mate; - 1. A toma P jaque; 2. D toma A jaque, etc.; - 1. T toma P2TR; 2. A7AR jaque, etc.; - 1. A8AR; 2. P5R ó T6AR jaque, etc. La amenaza es: 2. T2AD, y 3. T6AD mate.





Se fué corriendo al próximo café del Gato...

## DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Soledad tuvo conatos de huir á París en pos de su hija, pero temió las consecuencias de aquel mal paso; no por ella, sino por la pena que causaría á sus padres. Asaltáronla ideas de suicidio, á las que resistió su creencia religiosa. Aislada en su retirado caserón de Madrid, y casi siempre sola á consecuencia de los frecuentes viajes de su marido, creóse una existencia artificial y maniática, compartida entre prácticas religiosas, trabajos de dibujo, lecturas y recuerdos de su hija y de su juventud.

Pero se hastiaba. Las ternuras de su corazón y su impetuosa imaginación andaluza desbordaban en ella. Adquirió vicios y rarezas. Bebía ajeno que la proporcionaba excitaciones agradables, fumaba; y sintiendo necesidad de aire y de movimiento, salía por las noches subrepticamente de su casa, como ya sabemos, en su traje más modesto, y vagaba á la ventura ó pasaba horas enteras en cafetuchos retirados. La estancia de su marido en Madrid no alteraba sus costumbres: no le respetaba ni temía que descubriese sus escapatorias, por más que no hiciese alarde de ellas.

Conoció á Felicio en el baile de Capellanes; aviváronse sus recuerdos del niño de Aranjuez, nunca por ella olvidados; encontró un corazón gemelo del suyo, y dejóse envolver en la pasión del joven, tan fresco, tan vehemente, tan poético.

Y aquella pasión, si no casta de pensamiento (porque no existe ninguna), fué por lo menos inocente. Á él le contenía su delicadeza; á ella su pudor y sus arraigadas creencias. Había algo de místico en su mutua pasión: se poseían mirándose, y esto les bastaba para sobrellevar la soledad de su vida.

Además aquel amor fué una especie de regeneración para ambos. Soledad desechó sus vicios, Felicio renunció á sus asquerosas correrías nocturnas. Comía en casa de unas vecinas de cuarto, y sólo salía

de la suya para cobrar su exigua renta ó acudir á sus citas amorosas.

Soledad nunca le hablaba de su familia. En una ocasión Felicio la recordó su hija; pero ella le suplicó que jamás se la mencionara. Cuando se separaban, Soledad siempre tomaba un coche; y él cumpliendo la promesa que la había hecho, nunca trató de averiguar quién era ni dónde vivía: no quería que hubiese ni la más mínima tacha en su amor.

Los lectores de Zola se reirán de esto (si lo leen); pero la verdad es que si existen muchas *porquerías* en el mundo, mientras la criatura humana tenga espíritu nunca faltarán *idealidades*.

Felicio supo por casualidad que una que fué criada de su tía tenía una lechería de vacas en el paseo de las Delicias, y allí se refugiaban los amantes en las noches de tiempo desapacible.

El lector perdonará esta larga digresión, que ha sido necesaria.

### XVIII

Las citas de Felicio y de Soledad continuaban. Doña Aurora Porcel (alias la *Perdigona*) había alojado algún tanto en su cansado é inútil espionaje; pero no así en sus deseos de venganza, principalmente contra la joven, hermosa y amada marquesa de Criptana. Revolvía en su imaginación mil proyectos para lograr aquélla; pero faltábala la base: la ausencia de Madrid del que ella suponía agraviado esposo, desconcertaba todos sus planes. ¿Qué había de hacer ella por sí sola? Fué dos ó tres veces á la casa de la plaza de las Salesas á informarse de si el marqués de Criptana había regresado, y supo por el portero, que cada vez que la veía redoblaba sus malos modos, que aquél continuaba ausente. Pensó en dejar en la portería una carta para que se la remitieran

al marqués adonde se hallara; pero temió que no llegase á su destino, en vista de la hostilidad de aquel brusco cancerbero.

Asistía cada dos ó tres días al rosario de la iglesia de San José, en donde siempre encontraba entre los devotos á Soledad: «¡Qué devoción tan asidua! — pensaba la *Perdigona*. — Esta mujer se dedica simultáneamente á Dios y al diablo.»

El diablo era Felicio.

Cuando Soledad salía de la iglesia, la seguía por la calle del Turco y Carrera de San Jerónimo hasta cerciorarse de que se reunía con su amante, y proseguía en su espionaje, hasta que la mayor parte de las veces veía entrar á ambos jóvenes en la lechería del paseo de las Delicias. El convencimiento de que continuaba aquella intriga amorosa la exasperaba cada día más. Su mal corazón, la estrechez de su espíritu y la ociosidad de su vida de pordiosera contribuían á no hacerla desistir de su oculta persecución y de sus vengativos proyectos.

«Algún día volverá el marqués,» se decía acariciando con fruición esta idea.

Una noche fué al rosario de San José, vió á Soledad y la siguió hasta que ésta, en compañía de su amante, entró en la casa de vacas. Era una noche de últimos de abril, el tiempo estaba revuelto y amenazando lluvia, y la *Perdigona* supuso que los enamorados permanecerían largo rato en la lechería. Desistió de esperar á que salieran, como algunas veces hacía, porque además tenía que dar el *alfilerazo de los jueves* en la puerta del casino de Madrid. Un general, paisano suyo (la *Perdigona* era valenciana, aunque merecía ser aragonesa), entraba todas las noches en aquel círculo de siete y media á ocho de la noche, y un día á la semana socorría á la pordiosera con cuatro ó seis reales y á veces con un deslumbrante duro. El *sablazo* era, pues, importante, y por



eso la menesterosa, aunque rengueando, porque se sentía molestada por un dolor reumático en la pierna izquierda, transpuso rápidamente la distancia que media entre las afueras de Atocha y el casino, situado entonces en la Carrera de San Jerónimo, y antes de las siete y media se hallaba en su puesto de actividad.

El general llegó poco después y puso en manos de la *Perdigona* un medio duro, que aunque isabelino no era falso. Doña Aurora Porcel le siguió hasta la escalera dándole gracias, y cuando se volvía para salir á la calle vió atravesar el portalón y subir al casino á un caballero que la dejó estupefacta.

Era el marqués de Criptana: el mismísimo marqués, á quien la *Perdigona* conocía perfectamente. El marqués estaba allí y Soledad y Felicio en la casa de vacas: ¡qué ocasión!

Envuelta en un vértigo por los demonios de los celos y de la venganza, que la privó de la reflexión, la feroz vieja, si bien dolorida cada vez más del reuma, se fué corriendo al próximo café del Gato, del que era parroquiana, como ya se ha dicho, y pidió un tintero y pluma; pues los demás utensilios de escritura, como son papel y sobres, los llevaba ella en una grande y vieja cartera.

La *Perdigona* era repentista y pendolista y en un momento enjaretó las siguientes líneas:

«Señor marqués de Criptana: no siempre los anónimos son falsos. Si quiere usted encontrar á su señora muy entretenida con un amante, vaya ahora mismo al paseo de las Delicias, casa de vacas, número 4, é introduzcase en las piezas interiores. — *Un amigo de usted y de la moral.*»

Metió este anónimo en un sobre, volvió apresuradamente al Casino, subió, y entregó la pérfida misiva á uno de los porteros del recibimiento, diciéndole: «Para el señor marqués de Criptana. Muy urgente.»

Hecho esto, bajó de prisa la escalera, apoyándose en el pasamano, porque su dolor de la pierna iba en aumento, salió del casino y fué á situarse en acecho en la esquina de la calle del Lobo, hoy de Echegaray. Quería cerciorarse de si el anónimo producía su efecto.

Permaneció en la esquina, recostada en la pared, porque apenas podía tenerse en pie, atisbando la puerta del casino. A poco vió salir al marqués de Criptana, tomar un coche de punto de los que siempre hay á la puerta de aquel círculo y bajar por la Carrera de San Jerónimo.

«Allá va» — pensó la *Perdigona*. Pero como sucede la mayor parte de las veces en las resoluciones malas y prontas, no bien se calmó su ansiedad por saber el resultado de su denuncia, entróla arrepentimiento de su mala acción. Quedóse como atontada: se dijo que había sido una infame, y temió por Felicio. ¡Si hubiera podido deshacer su obra! Recobró, aunque tarde el sentido común, y reflexionó que era natural que Felicio la desdenara por vieja y pobre, y que su venganza había sido injusta y ruin. Echó á andar cojeando por la calle del Lobo. Se sentía muy mal, é iba á refugiarse en el camaranchón que la servía de vivienda.

La seguiremos para acabar con esta obscura y funesta figura de este relato, que compartió con otra, que aparecerá á su tiempo, la odiosa misión de hacerle trágico.

La *Perdigona* vivía en la calle de Ministriles, y durante el largo trayecto que tuvo que recorrer, entre el dolor reumático que se agravaba, oía, quizá por primera vez, la voz de la conciencia. Había creído poco en Dios, á pesar de que de la idea de Dios vivía y de que á la casa de Dios debía su subsistencia; pero en aquellos instantes sentía una extraña ansiedad de ánimo, que la atosigaba tanto como el dolor material. Recordó su vida entera, bien desordenada é inútil. Había sido mala esposa, matando á disgustos é infidelidades á su marido, honrado portero del ministerio de Estado. Había sido mala madre, contribuyendo por falta de cuidados á la muerte de un hijo que tuvo, enfermo y raquítico. Nunca practicó el bien y sí todo el pequeño mal que estuvo á su alcance; y ahora parecía que aquel Dios del que nunca se había preocupado, coronaba su obra de castigo, privándola de atender á las necesidades de su miserable existencia.

Su repugnante acción de aquella noche era digno remate de las muchas malas, aunque no tan trascendentales, que había cometido. ¿Qué iba á pasar? A veces se figuraba ver muerto á Felicio y muerta á Soledad, aquellos dos jóvenes que no la habían hecho daño alguno.

Apoyándose en las paredes, sentándose en el quicio de las puertas para descansar, casi arrastrándose para subir su alta escalera, llegó por fin á su chiribitil y dejóse caer en su miserable cama. A la mañana

siguiente, sintiéndose peor, llamó á una vecina: acudió ésta y luego otras; y viéndola en tan mal estado, determinaron trasladarla al hospital general. Hicieron así. Dos días después el reuma de la pierna invadió el corazón; y de tal suerte terminaron los nublados días de doña Aurora Porcel, entroncada con el general Narváez, amiga de duquesas, solicitada por grandes artistas de su época, cesante de Estado en los templos y cesante de la vida en el hospital...

El marqués de Criptana recibió el anónimo como el que recibe un rudo golpe material que le priva de la facultad de pensar. Se repuso, leyó y releó el papel casi dudando de que le tenía en la mano. Después hizo lo que todos en su caso, aun los más despreocupados en cuestión de anónimos: salió del casino, tomó un coche, encargó al cochero la celeridad y le previno que se detuviera á la entrada del paseo de las Delicias.

Mientras el carruaje seguía su camino, un sinnúmero de ideas bullían en la imaginación del marqués. ¿Soledad con un amante en la casa de vacas! ¿Soledad tenía un amante? ¿Era esto posible? ¿Se había atrevido á tanto ella, tan buena cristiana, tan melindrosa respecto á buenas costumbres? Aquella muchachuela que él había sacado de la nada, ¿se atrevía á faltar á sus deberes de esposa? Esta idea subleaba el orgullo de raza del marqués. ¡Y aquella adúltera de baja estofa no velaba sus amores en el retraimiento de un *boudoir*, sino que los desparramaba en sitios innobles! ¡Una lechería de vacas! Allí arrastraba el nombre de Criptana, en compañía de un amante, de seguro obscuro y vulgar. ¡Ella, tan delicada, tan distinguida, á quien había tenido que dar su nombre en la suposición de que sólo podría lograrla legítimamente! Pero al cabo había descubierto la hilaza. ¿Qué más da la cuadra del cortijo que el establo de la casa de vacas? ¡Y él la había amado, la amaba todavía: sentía por ella lo que por ninguna otra mujer! La descuidaba, es verdad; dejábala sola durante meses enteros, pero ¿por qué? Porque su frialdad de estatua le desesperaba, porque no encontraba en ella ni calor ni cariño. Por eso buscaba compensaciones en otras partes: por eso había momentos en que hasta la odiaba. Pues qué, ¿era él tan repugnante? ¿Qué otra, excepto ella, había rechazado?

El marqués, excitado por el orgullo y hasta por el amor, pues era cierto el que sentía por su mujer, y en aquel momento más, como sucede á todos los hombres cuando la mujer se les *escapa*, perdía su buen juicio: no se hacía cargo de que una mujer de las condiciones de la suya, hermosa, aún joven, ociosa, rebosando corazón, tenía á su vez que buscar compensaciones.

«¿Quién será ese fénix que ha llegado al corazón de Soledad? — se preguntaba el marqués. — ¿A ese corazón chapeado de filigranas de delicadeza y de escrúpulos religiosos?»

Había momentos en que se esforzaba por admitir la falsedad del anónimo; pero eran ráfagas de claridad en el caos de sus pensamientos.

«De suerte — se decía — que es posible que mi nombre deshonrado ande ya rodando de boca en boca, como se ha exprimido bajo la pluma de ese *amigo de la moral* que me escribe...»

El coche se detuvo á la entrada del paseo. Apeóse el marqués; y mandando al cochero que aguardase, buscó la casa designada.

Se asomó con precaución á la tienda, que estaba abierta de par en par según costumbre, y no vió á nadie. No lo extrañó, la amorosa pareja no había de estar allí expuesta á las miradas. Además en el anónimo le decían que se introdujese en las piezas interiores: era natural.

La trampilla del mostrador estaba abierta también. El marqués sólo tuvo que levantar la tabla, y se halló en una especie de trastienda, también desierta y obscura, pues sólo estaba alumbrada por la luz del quinqué de la pieza exterior. Vió un pasillo á cuyo extremo brillaba una luz opaca, echó á andar por él, y á los pocos pasos se encontró con una puerta cerrada, por cuyos intersticios salía claridad. Alzó el picaporte, abrióse la puerta, y el marqués se halló frente por frente de Soledad.

Pero estaba sola, sentada á una mesa, sobre la cual había dos vasos vacíos. Registró aquél con la mirada la pieza, empapelada chillonamente, en la que sólo había otras dos mesas y algunas sillas, y se adelantó hacia su mujer, diciendo en voz baja:

— ¿Dónde está tu cómplice?

Soledad, que á la vista del marqués se puso muy pálida, ahogó un grito y permaneció sentada, contestó:

— Como no he cometido ningún delito, no tengo ningún cómplice.

El marqués tuvo impulsos de registrar toda la casa,

suponiendo que el *cómplice* se había ocultado; pero desistió de ello, temiendo al escándalo y al ridículo.

Miró con fijeza á Soledad, que permanecía, al parecer, tranquila, y repuso:

— Vámonos.

— Vamos, dijo aquella poniéndose en pie.

Cuando salieron al pasillo, venía por él una mujer todavía joven, robusta, fresca y colorada, que traía en la mano una vasija de metal. Era la vaquera que acababa de ordeñar las vacas en el establo. Al ver á un desconocido en lugar de Felicio, se detuvo muda de sorpresa.

— ¡Buenas noches, Juana!, dijo Soledad despidiéndose. ¡Hasta la vista!

— ¡Buenas noches, señorita!, contestó la pasiega, viendo estupefacta salir de la tienda á aquella pareja, en la que había habido una sustitución de persona.

El marqués, sin ofrecer el brazo á su mujer, la condujo hasta el coche que esperaba; indicóla que subiera, y subió él á su vez, dando al cochero la dirección de su casa, plaza de las Salesas.

Soledad se dejó caer en el asiento del carruaje. Estaba aniquilada por el esfuerzo que acababa de hacer para aparentar serenidad. La casualidad había evitado á todos una escena violenta. Minutos antes de la llegada del marqués, Felicio había salido de la lechería á buscar un coche para la marquesa, cosa que no solía suceder, pues siempre salían juntos y á pie. Pero aquella noche, además de que el tiempo estaba inseguro y amenazando lluvia, Soledad hallábase algo desazonada. En los instantes que permaneció con su marido en la casa de vacas, sintió mortal ansiedad, no tanto por ella como por Felicio, que podía volver de un momento á otro; así fué que cuando se halló en el coche sentada al lado del marqués, respiró con relativa tranquilidad. Al arriesgarse á sus citas y paseos nocturnos, aun estando en Madrid su marido, había previsto las consecuencias: una casualidad cualquiera podía descubrirla, como sucedió; pero ella lo arrostraba todo, no pudiendo resistir á su simpatía por Felicio, y á los ruegos de éste que le suplicaba que no le dejase abandonado á su solitaria desesperación.

Soledad, pues, que era valiente, se resignó á aquella nueva y difícil situación. Incrustada casi en un rincón del carruaje, pensaba menos en ella que en Felicio, á quien aquel golpe imprevisto iba á reducir al último extremo: sentía á su lado á su marido; y por los agitados movimientos de éste, adivinaba su reprimida cólera.

El marqués, en efecto, parecía que se ahogaba en el coche, y aunque soplaban aire fuerte y húmedo, había bajado el cristal que tenía al lado. Conocía el carácter altivo de Soledad, y en ocasiones hasta le había admirado; pero Soledad, irreflexiva como esposa, no era lo mismo que la mujer sorprendida en flagrante delito de infidelidad. Así es que á medida que pasaban los minutos, el silencio de aquella le exasperaba más y más. Esperaba una frase de disculpa, una explicación cualquiera; pero Soledad permanecía silenciosa, inmóvil y sin respirar apenas. A la tenue luz que despedían los opacos faroles del carruaje, el marqués pudo ver que había cerrado los ojos.

En aquel silencio no interrumpido, llegó el coche á la puerta del palacio de Criptana. La puerta exterior estaba abierta y el portalón alumbrado por una lámpara gótica. Al ruido del carruaje acudió el portero con la cabeza descubierta, tocó un timbre y abrió la puerta de cristales de la escalera.

En el ángulo que formaba la primera meseta de ésta, había sobre un pedestal una estatua de bronce que representaba á un halconero del siglo XII con un azor posado en el brazo izquierdo. Del pico del ave, que tenía levantada la cabeza, como si buscara su presa en el espacio, salía un mechero encendido de gas. El marqués dió el brazo á su mujer para subir. Llegaron á la segunda meseta, en donde, prevenidos por el timbre, esperaban el portero de estrados y Delfín, el ayuda de cámara del marqués, con un candelabro de dos bujías encendidas en la mano. El portero alzó un *portier* de terciopelo granate en cuyo centro campeaba estampado el escudo de armas de Criptana, para abrir paso á los señores.

— A la habitación de la señora, dijo el marqués al criado.

Y precedidos de éste, entraron en el cuarto de Soledad. Componíase este cuarto de cinco piezas. Primero, un gabinete de recibo, lujosamente decorado, en donde todo estaba en orden, con un balcón que daba al jardín. Después, una sala muy grande, que más bien que habitación de dama parecía estudio de artista, y de los más desordenados. Sobre una amplia mesa de nogal veíanse en revuelta confusión libros, álbums, estampas sueltas, estatuillas de escayola (algunas mutiladas), cartones y tablas de dibujo, cajas de colores, pinceles, lápices y un sinnúmero de ob-



jetos más, que parecía que no cabiendo en la mesa, habían invadido la tapa de un piano cerrado. En un rincón había tres caballetes con pinturas en boceto, y varias paletas tiradas en el diván corrido que rodeaba toda la pieza, cuyo mueblaje completaban algunas sillas diseminadas, una butaca y una mecedora, y que recibía luz por dos balcones que daban también al jardín. La tercera pieza era una especie de *boudoir*, con tiestos y canastillos de plantas y flores, y dos grandes espejos de cuerpo entero.

Después estaba el dormitorio, con cama colgada de raso azul. En la pared de la cabecera había un crucifijo de talla, y en la de enfrente una Virgen de la Soledad al óleo.

La habitación terminaba en un cuarto de baño, con perchas y dos armarios grandes.

El marqués se detuvo en la tercera pieza, esto es, en el *boudoir*, en donde Rosa, la doncella única y favorita de la marquesa, sentada á un velador, se ocupaba en pegar una randa de encaje á una bata blanca de su señora.

— Deje usted la luz y váyase, dijo el marqués al ayuda de cámara. Y tú también, repuso dirigiéndose á Rosa.

Cuando los criados se fueron, atravesó aquél la sala, y cerró con pestillo la puerta que comunicaba con el gabinete, pero dejó abierta la del *boudoir*. No se sentó: parecía deseoso de aire y espacio. El marqués, que se aproximaba á los cincuenta años de edad, conservaba ráfagas de juventud, pero tenía la cabeza, el bigote y las largas patillas llenos de canas.

Soledad, quitándose la mantilla y dejándola sin doblar en el respaldo de una silla, se había sentado en un silloncito dorado forrado de raso color de lila.

El marqués miró á su mujer y comenzó á pasear desde el *boudoir* á la sala, que estaba en penumbra. Indudablemente quería recobrar su sangre fría, ó no sabía cómo abordar aquella penosa conferencia.

Por fin, se paró delante de Soledad y le preguntó:

— ¿Qué hacías en la casa de vacas?

— Nada, ya lo ha visto usted, contestó ella, sin mirarle.

— ¿Por qué has ido allí?

Soledad no respondió.

— ¿Estabas sola?

— Ya lo ha visto usted.

— Pero tu cómplice puede haberse escondido.

— No.

— ¿Es decir que tienes un amante?.. Responde.

Soledad se agitó en su asiento, bajó los ojos y dijo con voz alterada:

— Detesto el fingimiento. Si es amante quien ama, sí, tengo un amante.

El marqués hizo un brusco movimiento, apretó entre sus manos el bastón, que no había dejado, y dijo con acento que se esforzaba para hacer tranquilo:

— ¿Y quién es?

Soledad no contestó.

— He preguntado quién es, repitió el marqués.

El mismo silencio.

— Vas á decírmelo en seguida, repuso aquél asiendo una mano de su mujer y oprimiéndola por la muñeca. ¡En seguida! ¿lo oyes?

Soledad reprimió un grito. Luego dijo con voz firme:

— ¿Para qué quiere usted saberlo? Él no conoce á usted, ni apenas me conoce á mí.

El marqués, sorprendido de estas palabras, soltó la mano de Soledad.

— ¿Qué significan esas evasivas? ¿Pretendes mistificarme? ¿No te conoce un amante con quien estás mano á mano horas enteras?

— No conoce el nombre de usted, ni el mío verdadero. Cuido yo más del honor de *los demás*, que ellos de mi suerte.

— Y admitiendo esa singularidad, ¿supones que no se deshonra al marido cuando no le conoce el amante?

— Yo no he deshonrado á nadie.

— ¡Ah! ¿Vas á hacerme creer que teniendo un amante continuas inmaculada; que te reunes con un hombre para jugar al doble juego del amor platónico y del dominó?

La marquesa no contestó.

— Dime el nombre de ese amante tan... respetuoso, y acabemos. No puedo ensañarme con una mujer, pero quiero conocer al hombre que me deshonra: es lo menos que puedo exigir.

— Y es lo más que puede usted pedirme.

— ¡Soledad!

— Es inútil que insistamos en este particular. Nunca de mi labio sabrá usted ese nombre: no quiero hacer responsable á nadie de mi desgracia y abandono.

— ¡Soledad!

— ¡Nunca! ¿Lo oye usted? ¡Jamás! ¿Qué me importa la cólera de usted? ¿Puede usted hacerme mayor daño que el de obligarme á vivir separada de mi madre, sola y enferma, y de mi única hija?

Y al decir estas palabras, Soledad prorrumpió en sollozos.



Dime el nombre de este amante tan... respetuoso, y acabemos

El marqués se apartó de ella con un movimiento brusco y volvió á pasear precipitadamente desde el *boudoir* á la sala.

A veces se detenía en el quicio de la puerta que dividía ambas piezas y miraba á su mujer.

Soledad se enjugaba los ojos con el pañuelo. El elegante contorno de su busto, cubierto con un vestido de merino, se destacaba sobre el fondo claro del silloncito en que estaba sentada. Al acurrucarse en el coche y al quitarse después la mantilla, habíase desprendido parte de su magnífica mata de pelo. Sus pies, aquellos pies incomparables, que como dice un verso de Ayala, parecían dos niños en la entrada del Paraíso, asomaban por debajo de la falda; de suerte que el marqués podía ver las tres cosas que más le cautivaron en la mujer.

Quizá pensaba:

«¿Por qué no he podido llegar al corazón de esa incomparable criatura?»

Y al verla abatida, llorosa, pálida, con la palidez de la azucena, contraídos los labios por un movimiento nervioso, sentía vibrar en él la generosa fibra que constituía el fondo de su carácter.

Tal vez se decía:

«Yo tengo la culpa de todo: he arrancado esa flor campestre para colocarla en un fanal donde se marchita y muere. La he creído una labriega y es una sensitiva. He puesto mi libertinaje al lado de sus delicadezas. He sacudido el polvo dorado de sus alas y la mariposa ha huído lejos de mí.»

Volvió á detenerse delante de su mujer y le dijo:

— Oye, Soledad: tu carácter, cuya obstinación conozco, me coloca en una situación excepcional. No quiero atormentarte, pero debo velar por mi honra comprometida. ¿No estoy en mi derecho?

Soledad, que era recta de conciencia y que acaso recordó los esfuerzos que había tenido que hacer para luchar contra su pasión por Felicio, contestó:

— Lo está usted.

— Pues bien: no ahondemos en lo que tú haces insondable. Quiero creer que hasta ahora no hayas fal-

tado á tus deberes, pero llegarás indefectiblemente á faltar, y yo no puedo consentirlo.

Soledad prorrumpió en un sollozo ahogado.

— Guarda el secreto de tu amor, que no puedo arrancarte, porque yo no soy inquisidor. Pero medita que si la fatalidad nos separa el honor nos une.

— Sí, dijo Soledad en voz apenas perceptible.

— Veo que me comprendes... Nuestra hija no debe tener una madre adúltera...

— ¡Oh!, exclamó Soledad, prorrumpiendo en sollozos y poniéndose rápidamente en pie. ¿Por qué me ha separado usted de ella? Lejos de mi madre, ella era el único consuelo que me quedaba. Ella hubiera llenado el vacío de mi vida y mi soledad de corazón, ella me hubiera ayudado á soportar los inmerecidos desdenes de ese mundo al que usted pertenece y en el que no he pretendido entrar: hubiera sido mi ángel guardián, defendiéndome contra las tentaciones del aislamiento y del hastío...

— Dejemos los reproches, interrumpió el marqués, que se esforzaba por reprimir su emoción. Tranquilízate y escucha.

Soledad, que no podía tenerse en pie, volvió á dejarse caer en el sillón.

— Si amas á tu hija podrás verla, prosiguió el marqués; eso depende de ti...

— ¿Que podré ver á mi hija?, ¿que depende de mí?, interrumpió Soledad con vehemencia, volviendo á ponerse en pie. ¿Que depende de mí, cuando estoy pronta á volver á su lado, aun cuando fuese pidiendo limosna de puerta en puerta! ¡Ah, señor marqués, vea usted lo que dice, no reavive mi desesperación, que Dios sabe á qué extremo me hubiera llevado sin la idea de Dios!

— Repito que la verás.

— ¿Pero cuándo? La esperanza ya no me basta. Estoy aniquilada de contar los años y los meses y los días que no la veo. ¿La verá? Treinta y seis horas me separan de ella, menos quizá. Hable usted, dígame qué he de hacer para verla, y olvidaré estos seis años de martirio.

— Tienes que hacer lo que toda mujer que conserva un resto de honradez: olvidar tu... extravío.

Soledad estrujó el pañuelo que tenía en la mano, pero no dijo nada.

— Vas á ausentarte de Madrid.

— ¿Para ir al lado de mi hija?

— Para ir adonde sea más conveniente, para separarte de tu amante... platónico.

— ¡Oh!

— Y no basta que te separes de él ahora y para siempre, es necesario que rompas toda comunicación con él, que jamás pretendas saber dónde está, que nunca ni directa ni indirectamente le des noticias tuyas..., como si hubieseis muerto el uno para el otro. ¿Comprendes?

— ¡Ah, infeliz! ¿Qué va á ser de él?, murmuró Soledad, como hablando consigo misma.

El marqués sintió un relámpago de cólera, más bien de envidia, pero se reprimió.

Soledad volvió á sentarse, apoyó el brazo en el del sillón y la cabeza en la palma de la mano. Cerró á medias los ojos: pensaba en la desesperación de Felicio, tenía el presentimiento de una catástrofe.

— Si aceptas mis condiciones, prosiguió el marqués, vivirás en paz, al menos con tu conciencia. Verás á tu madre, verás á tu hija.

— ¿Y si no puedo cumplirlas?

— Entonces, contestó el marqués con reprimida cólera, entonces, fíjate en mis palabras; para ver á tu madre tendrás que huir de mi lado, si puedes, pero nunca volverás á ver á tu hija. ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

— ¡Ah, tenga usted piedad de mí!

— Es mi última palabra. ¿Qué menos puedo hacer para defender mi honor ultrajado y el de mi hija?

Soledad exhaló un gemido: estaba vencida, anonadada.

— Yo no soy un marido de melodrama antiguo, prosiguió el marqués. No quiero esclavizar á nadie. Si has perdido toda noción de pudor, vete de aquí á reunirme con tu amante. Si eres verdaderamente madre, tú sabrás lo que tienes que hacer.

Soledad alzó los ojos, sus labios se movían, parecía como que rezaba.

(Continuará)



## LOS BRONCES DE LA CASA MASRIERA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA

Ha tiempo que los bronceístas y fundidores españoles persiguen el propósito de anudar antiguas y gloriosas tradiciones, representadas por aquellos celebrados artífices que florecieron en las pasadas centurias, y cuyas obras son otros tantos testimonios de su valía. Grandísimo es el desarrollo que ha alcanzado á partir de la segunda mitad de este siglo, adquiriendo la escultura un nuevo y poderoso auxiliar. Barcelona cuenta, entre otros, con el importantísimo taller de D. Federico Masriera, en el que se han fundido la mayoría de las estatuas que coronan los monumentos de las principales poblaciones peninsulares. Nada tiene que envidiar nuestra ciudad en lo que respecta á esta rama especial de la metalistería,



EL DR. ESQUERDO, busto de Mariano Benlliure, undido en bronce en los talleres de Federico Masriera (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896).

puesto que con igual perfección fúndense por el procedimiento de la cera perdida las bonitas esculturas gala y adorno de nuestros salones, que las estatuas de iguales ó análogas dimensiones que la que sirve de digno remate al monumento que Barcelona erigió á Cristóbal Colón.

En la actual exposición de Bellas Artes y en la sección de escultura figuran varias reproducciones ejecutadas en bronce por el Sr. Masriera, entre las que se recomiendan los retratos del doctor Esquerdo y de la señora de Lhardy, modelados por el distinguido escultor D. Mariano Benlliure, cuyo nombre significa ya una gloria para el arte patrio, y el retrato también del senador del reino Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, obra del escultor D. Manuel Fuxá, quien ha logrado justificar con su nueva producción la merecida fama de que goza.

Fundidos asimismo por el Sr. Masriera han sido los dos notables bustos obra del escultor catalán don Miguel Blay y de D. Isidoro Pfeiffer, que premiados en la Exposición de 1891, forman hoy parte del Museo Municipal de Bellas Artes.

### SECCIÓN CIENTÍFICA

#### EL ALUMINIO

Con frecuencia solemos burlarnos del poder de la moda, que con fuerza incontrastable obliga á millones de personas á vestirse como ella manda y no de otro modo. Y sin embargo, olvidamos que el mismo rasgo característico humano que constituye el fondo de tal locura de modas existe en otras muchas cosas. Así como el cuerpo humano, además de las substancias propiamente nutritivas, exige medios estimulantes, así también el humano espíritu solicita de continuo nuevos objetos que ocupen su atención, objetos que le estimulan hasta que se hacen viejos y han de ser sustituidos por otros. De aquí que encontremos la locura de la moda aun en otros terrenos que en el del vestido, y esto explica por qué los nuevos fenómenos de índole científica y técnica son en un principio exageradamente estimados, para más adelante, cuando ya no son nuevos, ser considerados con in-

diferencia también exagerada. La rapidez con que este cambio se verifica es sorprendente: si hojeamos una colección de cualquier periódico científico encontraremos que se ha hablado en anteriores tiempos de muchas cosas que entonces conmovieron á la humanidad. ¡Con qué ojos tan distintos las contemplamos actualmente, á pesar de que en aquella ocasión todos procuraron juzgarlas con la mayor imparcialidad posible!

Recordemos, por ejemplo, lo que ha sucedido con el aluminio: hace cinco años no había quien no se prometiera, en casi todos los terrenos, los mayores resultados de su descubrimiento. El que esto escribe, sin embargo, miró siempre con alguna desconfianza el aluminio, porque recordaba que ya en su primera aparición, hace cuarenta años, no fracasó por las dificultades que ofreciera su explotación en grande, sino por falta de aplicación adecuada. Ciertamente recientemente la obtención del aluminio por el procedimiento electrolítico ha permitido ofrecer al público este metal á un precio baratísimo, lo cual hacía esperar que sería utilizable para aquellas aplicaciones en que la baratura constituye la condición principal; pero también en esto nuestras esperanzas se han visto defraudadas, pues casi todo cuanto se ha intentado hacer con el aluminio no ha resistido á la prueba del tiempo. En la mayoría de las aplicaciones en que por su gran ligereza ha sido propuesto en sustitución de otros metales, ha sido evidenciado que su escasa consistencia exigía el empleo de mayor cantidad de metal, con lo que desaparecía la ventaja de su poco peso, y las tan ensalzadas aleaciones de aluminio tampoco han podido conseguir un puesto duradero en la industria. De aquí que hayan desaparecido en poco tiempo las muchas tiendas que hace algunos años surgieron como hongos para dedicarse á la venta de objetos de este metal, y si alguien intenta hoy dar al aluminio una nueva aplicación miramos esta tentativa con desconfianza y no estamos dispuestos, como antes, á ver con criterio optimista las pequeñas deficiencias que, por el contrario, estimamos como principios de prueba de su inutilidad.

Los hermosos días de la fe en el porvenir del aluminio han pasado y es muy dudoso que vuelvan. Pero la cuestión que involuntariamente se nos presenta es la de preguntarnos por qué no hemos reconocido antes lo que ahora reconocemos y cómo ha sido posible que tantos hombres expertos y perfectamente dispuestos á examinar y juzgar con imparcialidad aprobaran, á pesar de sus muchos ensayos, los ditirambos que en honor del aluminio se entona-



DE MI PUEBLO, busto de Miguel Blay, fundido en bronce en los talleres de Federico Masriera (Museo Municipal de Bellas Artes de Barcelona).

ban. Y no obstante, la explicación es bien sencilla: hace cinco años el aluminio estaba de moda y hoy ya no lo está; entonces admirábase la elegancia de formas á que este metal se presta, por más que fuese muy dudosa la fabricación barata de los objetos que

con él se confeccionaban, y con el convencimiento que caracteriza al técnico del siglo XIX y llevados de una cierta confianza hacia la marcha justa de las cosas, se decían los hombres de ciencia que tan ingenioso trabajo no podía ni debía resultar inútil y que



LA SRA. DE Lhardy, busto de Mariano Benlliure, fundido en bronce en los talleres de Federico Masriera (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona. 1896).

ya se encontrarían medios de sacar las debidas utilidades de tan gran descubrimiento. Lo que no aparecía tan claro era cuáles medios serían éstos; mas la moderna técnica había hecho tanto, que de seguro sabría encontrarlos.

El aluminio se encuentra en la naturaleza en extraordinaria abundancia y en sus combinaciones aparece en cantidades mucho mayores que cualquier otro metal. En tiempos inmemoriales el aluminio debió existir en la tierra en estado puro, pero en la actualidad no se encuentra un solo gramo de aluminio metálico. Si oportunamente se hubiese querido estudiar el asunto sin prejuicio alguno, hubiérase comprendido que un metal que en la naturaleza se ha aliado con otras materias hasta el punto de exigir su separación de éstas grandes medios auxiliares, no ofrecía muchas garantías de inalterabilidad y duración. Es verdad que el hierro, tan parecido al aluminio en sus propiedades químicas, también sólo por excepción existe en la naturaleza en estado puro, pero su transformación en metal no ofrece ni con mucho las dificultades que la de aquél, y por otra parte las buenas cualidades que el hierro posee han hecho que siempre se le perdonara la facilidad con que se oxida. La humanidad se ha lamentado en todos tiempos de que el hierro sea destruido por el orín, pero en cambio le ha agradecido que se distinga por su dureza y solidez y por su aptitud para fundirse con el carbono y convertirse en acero. El aluminio no posee estas virtudes y por consiguiente no podemos perdonarle sus defectos, y si bien no es de suponer que desaparezca por completo de la esfera de la industria humana, cabe asegurar que nunca logrará, como el hierro, ser nuestro amigo y aliado indispensable y uno de los sostenes de nuestra civilización. El aluminio no está ya de moda y los días de su esplendor pasarán para no volver más.

Y sin embargo, este metal tiene en nuestra técnica una importancia ética, pero no como metal engañador, sino en la forma menos fastuosa de sus aleaciones. El mundo no podría ser lo que es si el aluminio desapareciese del conjunto de elementos que lo componen, del mismo modo que no lo sería si el hierro no hubiese existido nunca. El aluminio es la substancia fundamental de la arcilla, y ¡qué sería sin arcilla del hombre! Nuestros antepasados de la edad de piedra vivieron y lucharon contra los horrores de una naturaleza salvaje sin haber poseído el hierro, y aun hoy en día existen pueblos en los cuales el uso del hierro no es cosa corriente; en cambio no se sabe de pueblo alguno que no haya conocido el valor de la arcilla. Toda cultura comenzó amasando la arcilla y transformándola en utensilios, y á medida que la civilización avanza, la arcilla, en sus distintas variedades

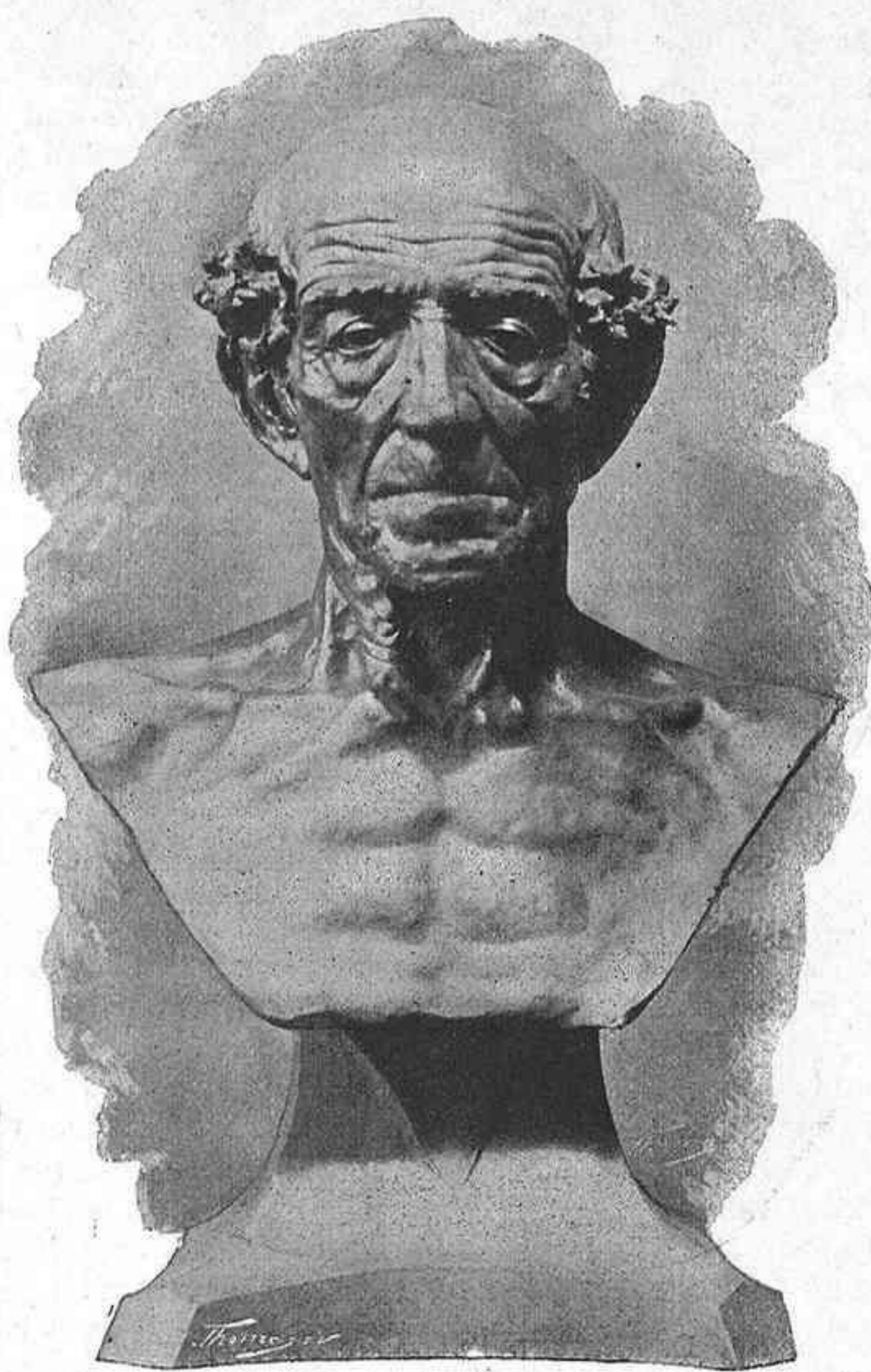


des, se ha mantenido como uno de los más útiles productos naturales. Ni el hierro ni otro metal alguno hubieran podido ser por nosotros extraídos de sus minerales si con la arcilla no hubiésemos formado los crisoles y los hornos que para tal objeto necesitamos. De suerte que en la forma de su silicato el aluminio es en realidad para nosotros un elemento tan valioso como el hierro y desde hace cientos de siglos un compañero fiel del hombre que se esfuerza para llegar á la perfección.

El pastor que apacienta sus bueyes en el prado, la guardadora de gansos que conduce al campo su manada, son miembros útiles de la sociedad que llenan su cometido, y por consiguiente forman parte de los resortes de nuestra actividad; pero si, como en los cuentos, un hada benéfica les tocara con su varita de oro y cubriera sus cuerpos con ricas vestiduras, el pastor y la guardadora de gansos, á quienes esta transformación no podría menos de regocijar, dejarían de realizar su labor dentro del trabajo de la humanidad. Pues lo mismo sucede con los elementos de la naturaleza, entre los cuales hay algunos á quienes no sienta bien que se les despoje de su traje ordinario, aunque sea poco estético, para adornarlos con las hermosas galas de los metales puros: el aluminio es uno de ellos. El oro y la plata son príncipes entre los metales y nos sorprende verlos en otro aspecto que no sea el aspecto regio de su esplendor metálico; pero si el aluminio quiere convertirse en cortesano y pretende ser tomado por plata, quizás nos engañará durante algún tiempo, pero á la postre arrancaremos la piel de león con que pretenden ocultar su verdadera condición y le enviaremos otra vez á ocupar el puesto que como obrero honrado, pero obrero al fin, le corresponde.

WITT

(De la revista alemana *Prometheus*)



ESTUDIO, busto de Isidoro Pfeiffer, (Museo Municipal de Bellas Artes de Barcelona)

EL ACUARIUM DE NUEVA YORK

En Castle-Garden (Nueva-York) se ha instalado recientemente en un edificio circular un vasto acuario que comprende, en el centro, un gran estanque circular de 11'60 metros de diámetro y 1'80 de profundidad, rodeado de otros seis de 8'50 y 0'90 respectivamente. Estos estanques están contruidos de ladrillo y cemento con coronamiento de piedra y revestimiento de azulejos de porcelana. Alrededor de esta instalación central hay distribuidos 94 depósitos con cristales montados en dos pisos, que tienen cada uno de los del piso bajo una longitud de uno y medio á dos metros y una profundidad de 1'50, y los del piso alto de 0'90 á 1'50 de largo y 1'20 de fondo. Una parte de estos depósitos está reservada á los peces de agua dulce y el resto á los de agua de mar, que también ocuparán los estanques centrales.

Este acuario, que se inaugurará en breve, será seguramente uno de los más curiosos de cuantos existen por la riqueza de la fauna y de la flora acuáticas de los alrededores de Nueva York. Las planchas indicadoras puestas en cada recipiente contendrán, además del nombre del pez, una reproducción exacta del mismo en colores, y el agua de los depósitos se procurará que esté á la temperatura á que los peces respectivos están acostumbrados.

El agua de mar que sea necesario para alimentar el acuario se tomará en la bahía de Nueva York; en cuanto al agua dulce será extraída del Croton. Una y otra serán debidamente filtradas, y no hay que decir que serán renovadas constantemente por medio de un dispositivo especial. Asimismo podrán ser aireadas artificialmente.

En suma, el nuevo acuario de Nueva York, montado con todos los adelantos indispensables, será indudablemente uno de los mejores del mundo.

## LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS

Narración original de CARLOS FRONTAURA

Una sencilla al par que tierna y conmovedora historia de dos jóvenes á quienes el cielo destina á amarse desde las mismas fuentes bautismales constituye el argumento de esta preciosa novela, en la cual su popular autor ha demostrado una vez más su inagotable inventiva, la galanura y lozanía de su estilo, y sobre todo que jamás descuida la sana moral que siempre ha campeado en sus obras.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

## SOR CLEMENCIA

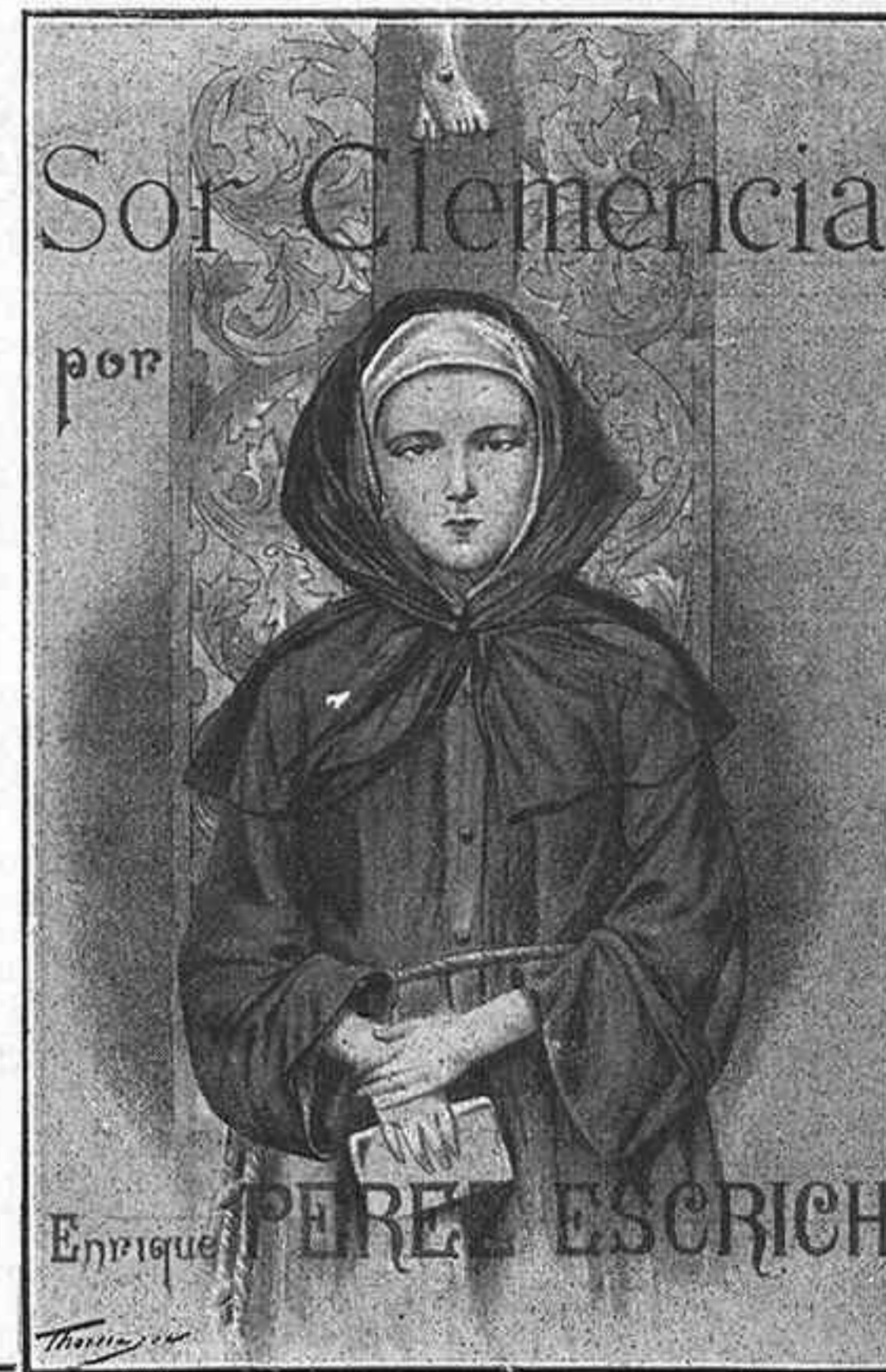
NOVELA DE COSTUMBRES POR ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

autor del MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran

pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.



### CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

## VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energético que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la **Energía vital**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>a</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la arma **AROUD**

### DICCIONARIO DE LAS LENGUAS española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvé* y los últimamente publicados, por DON NEMES O FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios, frases, proverbios, refranes, idiotismos, uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas.

### ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigr en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**

En Polvos y Cigarrillos **Alivya y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION**

**ASMA** y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, 102, r. Richelieu, Paris.

**LA SAGRADA BIBLIA**

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.



LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

LA VIDA CRISTIANA EN MEDIO DEL MUNDO Y EN NUESTRO SIGLO, por la princesa Iwanowska de Sayn Wittgenstein, versión castellana por *Gustavo Gili y Roig*. — Como dice el censor eclesiástico de la presente edición española, este libro es un reformador cristiano muy útil en nuestra época, que delicada y noblemente enciende el alma á la práctica de la verdadera virtud y propia abnegación. Su traducción es bastante esmerada, y forma un tomo en 8.º de más de 400 páginas elegantemente encuadernado que se vende á 4'50 pesetas en casa del editor Juan Gili, Cortes, 223, Barcelona.

LECCIONES DE GEOGRAFÍA FÍSICA Y POLÍTICA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, por *R. Monner Sans*. — El título de esta obra indica suficientemente las materias de que se ocupa su autor, el distinguido literato español, residente hace muchos años en la República Argentina, Sr. Monner Sans. Ajustada estrictamente al programa de los Colegios Nacionales de aquel Estado, responde por completo á su objeto, pues en ella están condensados en forma clara y sencilla cuantos datos y definiciones son necesarios para el perfecto conocimiento de la geografía de aquella república; así es que aun cuando sólo tiene el carácter de ligeros apuntes, según expresión del mismo autor, su lectura resulta de gran interés y de no escaso provecho, tanto para los argentinos y americanos en general cuanto para los peninsulares, porque con este libro puede no sólo apreciarse el presente sino que también adivinar el porvenir de aquel pueblo. La obra ha sido publicada por la casa editorial de Buenos Aires Félix Lajouane.

REVISTA POLÍTICA. — El último número de esta interesante revista publica entre otros los siguientes trabajos: *Desprestigio del sistema parlamentario en España*, por Francisco Silvela; *Función de la ley y de la autoridad en la evolución social*, por Pedro Dorado; *Mujeres sabias*, por Juan Fastenrath; *Despedida de D. Bartolomé José Gallardo en 1814*, por Manuel Gómez Imaz. Inserta además varios extractos y traducciones de interesantes artículos, uno de ellos con grabados, tomados de otras revistas españolas y extranjeras; una cronología de los principales sucesos acaecidos en España durante el mes de abril, y siete caricaturas políticas, copiadas de otros tantos periódicos nacionales y del extranjero. A la *Revista Política*, que se publica dos veces al mes, se suscribe en Madrid, calle de la Bola, 8, principal.



EXCMO. SR. D. MANUEL PLANAS Y CASALS, senador del Reino, busto de Manuel Fuxá, fundido en bronce en los talleres de D. Federico Masriera (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

VIAJES POR EUROPA, por *D. Alfredo Opisso*. — El conocido editor barcelonés D. Antonio J. Bastinos, cuyos esfuerzos por vulgarizar los conocimientos útiles en todos los ramos del saber humano son bien notorios y han obtenido siempre del público la más favorable acogida, concibió el feliz proyecto de publicar una serie de viajes por Europa, en la cual se contuvieran bajo amena forma las nociones principales respecto á la geografía física, política, histórica y económica de cada una de las naciones de esta parte del mundo. Para realizar su pensamiento acudió al distinguido escritor D. Alfredo Opisso, y fuerza es confesar que el plan se ha llevado á cabo á satisfacción de los más exigentes; pues examinando los doce tomos dados á luz, cabe afirmar que pocas veces se ha conseguido realizar con tanta fortuna el precepto horaciano de instruir deleitando, ya que los doce viajes por las naciones de Europa dan perfecta idea de cada una de ellas, contienen datos inapreciables que revelan la gran erudición de su autor, y son de agradabilísima lectura por constituir cada viaje un episodio novelesco perfectamente verosímil y adaptado al color y medio ambiente de cada uno de los pueblos descritos. El Sr. Opisso ha trabajado en estas obras con verdadero amor, ha puesto gran cuidado en la exactitud de datos y noticias que contiene cada uno de sus viajes y ha sabido convertir en interesantes y vivientes las áridas nomenclaturas de otros tiempos, siguiendo en esto el espíritu de renovación que de pocos años á esta parte se ha iniciado en la Geografía. Por su parte el Sr. Bastinos ha completado el trabajo del autor publicando los libros con multitud de ilustraciones reproducción de monumentos, ríos, calles, plazas, paseos, tipos y cuanto puede ayudar á hacer más interesante el texto y conservar lo leído en la memoria. En una palabra, *Viajes por Europa* son una colección de 12 libritos de 48 á 80 páginas cada uno, que han de leer con gusto, no sólo los niños, para quienes principalmente están escritos, sino que también las personas mayores, pues unos y otros han de encontrar en su lectura útiles enseñanzas y agradable pasatiempo: cada libro con una cubierta cromolitografiada, simbólica de la nación á que aquél se refiere, se vende en la librería de Antonio J. Bastinos y en las de sus corresponsales de España, París y Ultramar, al precio de 50 céntimos, y los 12 juntos formando un volumen con las 12 cubiertas en forma de portada al frente de cada nación, encuadernado en percalina con planchas alegóricas en color y oro, al de 6 pesetas.

EL BAÑO DE MARÍA, por *Angel Alfaro del Castillo y Enrique Luque Méndez-Vigo*. — Graciosa zarzuela en un acto y tres cuadros, estrenada con gran éxito en el teatro Romea, de Madrid, á fines del año último. Ha sido editada por F. Fiscowich.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

**PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
Y LA MARCA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**MÈRE DE CHANTILLY**  
ORLÈANS — FRANCE

**UNGUENTO ROJO MÈRE**  
CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS  
Cojeras • Alcance • Esguinces • Agriones  
Infiltraciones y Derrames articulares  
Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes  
Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados benéficos se estendien á todos los animales.

**BLACK MIXTURE MÈRE**  
BALSAMO CICATRIZANTE  
Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.  
EN TODAS LAS DROGUERIAS

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Selne.

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio : 12 Rsales.  
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.  
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

**EL APIOL** de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN